

LA
HORA SANTA
Ó SEA
ORACIONES Y LECTURAS
PARA ESTE PIADOSO EJERCICIO
SEGÚN LA DOCTRINA DE
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO
POR EL
R. P. SAINT-OMER
REDENTORISTA.

Traducido de la 56. edición francesa

Con Licencia eclesiástica

Editores-Tipógrafos de la Santa Sede Apostólica
BENZIGER & Co.
en EINSIEDELN, Suiza.
1892.



Emprimitur.

Curiae, die 24. Julii 1892.

† Joannes Fidelis,

Eppa. Curiae.

— — — — —

Libenter annuimus, servatis iis quæ de jure servanda sunt, ut libellus a Patre nostro St. Omer gallice conscriptus, nunc hispanice sub titulo *La Hora Santa* in lucem prodeat.

Romæ, die 7^o Julii 1892.

PRO RMO. P. NIC. MAURON,
SUP. GEN. ET RECT. MAJ.

MICH. ULRICH, C. SS. RED.
CONS. GEN., VIC.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Santiago, 26 de Mayo de 1891.

Visto el informe del Revisor nombrado, Presbítero Don Rómulo Garrido, concédense la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra titulada *La Hora Santa*, vertida del francés al castellano. Tómese razón.

MONTES,
Vicario General.

BOMÁN
SECRETARIO.

INDULGENCIAS.

Certifico que el Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Santiago, Doctor Don Mariano Casanova, concedió ochenta días de indulgencia á todos los que hagan *La Hora Santa* conforme al presente devocionario.

Secretaría Arzobispal de Santiago, 9 de junio de 1891.

M. ANTONIO BOMÁN
SECRETARIO.



ADVERTENCIA.

Hallándose tan extendida en el mundo católico la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hacía falta un libro con que pudieran los fieles ayudarse durante el tiempo que emplean en la adoración del Santísimo Sacramento. No faltan, es cierto, en los libros de piedad oraciones devotísimas y tiernas meditaciones sobre este augusto misterio; pero lo que se necesitaba era un libro consagrado especialmente al piadoso ejercicio de la *Hora Santa*, tan recomendado por el adorable Corazón de Jesús y que tantos se complacen en hacer delante del Sacramento de su amor. Tal es el vacío que ha venido á llenar esta nueva obrita del Reverendo Padre

Redentorista Saint-Omer, espigador incansable en el rico campo de las obras de San Alfonso María de Ligorio. Por esta razón la ofrecemos ahora al público, traducida al castellano, como un nuevo alimento para las almas devotas de la divina Eucaristía.

En efecto, no se crea que sólo en el Huerto de Gethsemani sufrió nuestro dulcísimo Salvador las agonías de muerte que le hicieron sudar sangre por todos los poros de su cuerpo: el tabernáculo de nuestras iglesias háse convertido también para Él en otro Gethsemani por el abandono en que lo dejan los suyos y por las mortales agonías que lo hacen sufrir la indiferencia y los innumerables pecados de los hombres. Por lo tanto, ahí es también donde las almas fieles deben hacerle continua compañía, velando con Él en serviente oración y apaciguando la justicia del eterno Padre

Aunque el Corazón de Jesús, al revelar esta devoción á la Beata Margarita María, le dijo que debía practicarla en la noche del jueves al viernes, de once á doce de la noche, no obstante, debemos tener presente que, por lo mismo que no es una devoción obligatoria sino voluntaria, podemos hacerla á cualquiera hora y en cualquier día, convencidos de que siempre será un gratísimo homenaje para tan amante Corazón.

En la presente obrita encontrará pues las almas piadosas, un fácil medio para practicar la *Hora Santa*, con meditaciones para todos los meses y al alcance de todos oraciones á propósito y prácticas sencillas y provechosas; más aún: encontrará un verdadero despertador, que no las dejará dormirse, como á los apóstoles en Gethsemani, mientras el Corazón de Jesús agoniza de amor á nosotros

¡Al tabernáculo pues, almas devotas, á acompañar la agonía de Jesús, á consolarlo por la ingratitud de nuestros hermanos insensibles y sordos á su infinito amor! ¡Al tabernáculo, almas celosas de la gloria de Jesús, á desarmar en unión con Él el brazo airado del Padre y á rogarle por la conversión de los pecadores, por la perseverancia y adelantamiento de los justos, por la Santa Iglesia Católica, nuestra Madre, y por los enfermos y agonizantes! ¡Á la *Hora Santa* con el amable Jesús, que convida á sus verdaderos discípulos á que *vigilen con Él siquiera una hora!* ¡Á la *Hora Santa*, á consolar al tristísimo Corazón de Jesús, que busca entre sus amigos un *consolador*! ¡Ojalá lo encuentre en cada uno de los que lean estas páginas, empapadas todas en la suave doctrina de San Alfonso!



LA HORA SANTA.¹⁾

INTRODUCCIÓN.

I. Origen de la Hora Santa.

Al Corazón amantísimo de Aquel que tiene sus delicias en estar entre los hombres, es á quien debemos el origen del piadoso ejercicio llamado la *Hora Santa*. El divino Salvador, apareciéndose un día á la Beata Margarita María, le reveló hasta qué punto había amado á los hombres, y se quejó amargamente de recibir de ellos sólo in-

¹⁾ Indulgencia plenaria, concedida con fecha 13 de marzo de 1875 á los miembros del Apostolado, por cada vez que practiquen la Hora Santa.

¡Al tabernáculo pues, almas devotas, á acompañar la agonía de Jesús, á consolarlo por la ingratitud de nuestros hermanos insensibles y sordos á su infinito amor! ¡Al tabernáculo, almas celosas de la gloria de Jesús, á desarmar en unión con Él el brazo airado del Padre y á rogarle por la conversión de los pecadores, por la perseverancia y adelantamiento de los justos, por la Santa Iglesia Católica, nuestra Madre, y por los enfermos y agonizantes! ¡Á la *Hora Santa* con el amable Jesús, que convida á sus verdaderos discípulos á que *vigilen con Él siquiera una hora!* ¡Á la *Hora Santa*, á consolar al tristísimo Corazón de Jesús, que busca entre sus amigos un *consolador*! ¡Ojalá lo encuentre en cada uno de los que lean estas páginas, empapadas todas en la suave doctrina de San Alfonso!



LA HORA SANTA.¹⁾

INTRODUCCIÓN.

I. Origen de la Hora Santa.

Al Corazón amantísimo de Aquel que tiene sus delicias en estar entre los hombres, es á quien debemos el origen del piadoso ejercicio llamado la *Hora Santa*. El divino Salvador, apareciéndose un día á la Beata Margarita María, le reveló hasta qué punto había amado á los hombres, y se quejó amargamente de recibir de ellos sólo in-

¹⁾ Indulgencia plenaria, concedida con fecha 13 de marzo de 1875 á los miembros del Apostolado, por cada vez que practiquen la Hora Santa.

gratitudes, «cosa que me es más sensible, agregó, que todo lo que he sufrido en mi pasión. Si ellos correspondieran algo á mi amor, estimaría en poco lo que he hecho por ellos; pero pagan sólo con frialdad y desprecio mi afán por hacerles bien. Tú, al menos, haz cuanto puedes para suplir tanta ingratitud. Hé aquí lo que te pido:

• «Primeramente, me recibirdás en el Santísimo Sacramento tantas veces cuantas la obediencia te lo permita.

«Por otra parte, comulgarás todos los primeros viernes de cada mes; todas las noches del jueves al viernes, te haré participar de la tristeza mortal que quise sentir en el Huerto de los Olivos; y esta participación de mi tristeza te reducirá á una especie de agonía más cruel que la muerte misma. Me acompañarás en la humilde oración que presenté entonces á mi Padre entre todas mis angustias: y para eso te levantarás entre once y doce de la

noche, y permanecerás prosternada conmigo durante una hora con el rostro en tierra, tanto para aplacar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para honrar y endulzar en cierto modo la amargura que sentí entonces por el abandono de mis apóstoles; lo que me obligó á reprocharles que no hubieran podido velar una hora conmigo.»

Margarita fué fiel en acudir á esta hora de adoración, y el Corazón de Jesús, que jamás se deja vencer en generosidad, supo recompensarla con innumerables favores.

De ahí viene la costumbre, entre las almas fervorosas, de consagrarse á la oración una hora de la noche del jueves al viernes, para *honrar los dolores* del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemani.

II. Manera fácil de hacer la Hora Santa.

Muchas personas no hacen la Hora Santa porque exageran las difi-

cultades de esta práctica. Es pues bueno saber que este piadoso ejercicio, no siendo obligatorio, puede practicarse á toda hora, y á toda hora agrada al Corazón del divino Maestro; sin embargo, es mejor cumplirlo, sea á la hora indicada por Jesucristo, sea á la puesta del sol ó después. No es de rigor ningún lugar ni ninguna actitud; es indiferente que sea en la iglesia, en la casa, yendo de camino, estando de rodillas, sentado ó de pie.

Es también permitido dividir esta hora en diversos ejercicios de piedad: por ejemplo, pueden leerse durante un cuarto de hora algunas meditaciones sobre la pasión; un segundo cuarto de hora se empleará en meditar lo que se ha leído; un tercero, en hacer el *Vía Crucis*, y en al cuarto se rezará el rosario de los siete dolores de María. En una palabra, cada cual puede rezar las oraciones que agraden más á su devoción. Éste es el momento favora-

ble para pedir por la Santa Iglesia, por nuestro Santo Padre el Papa, por la propia familia, por la propagación de la fe, por la conversión de los pecadores, por los agonizantes, por las almas del Purgatorio, etc., etc.

Se ve pues que la Hora Santa, así comprendida, puede fácilmente practicarse en común en el santuario de la familia; de ese modo será aún más agradable al Corazón de Jesús, quien ha dicho en el Evangelio: *Cuando dos ó tres de entre vosotros se reúnan en mi nombre, me encontrare en medio de éllas.*¹⁾

Se podría también destinar á la Hora Santa el tiempo empleado para la confesión. Al entrar en la iglesia, hacia la tarde, imagínate que acompañas á Jesucristo yendo al Huerto de los Olivos; llegado al lugar santo, acuérdate, por el examen de conciencia, de los pecados que has cometido, y que estaban ya presentes

¹⁾ Matth 18, 20.

al espíritu del divino Salvador, en el momento de su agonía; llora con Él, haciendo servientes actos de contrición; después, declara los pecados al confesor como si fuera el mismo Jesucristo; por fin, cumple la penitencia impuesta y toma de nuevo la resolución de no caer más en las faltas que han causado tantas amarguras á este Corazón tan digno de amor.

¿No sería éste un excelente método para hacer la Hora Santa y la confesión, al mismo tiempo que sería muy fácil, muy fructuoso y al alcance de todo el mundo?

Para facilitar cuanto sea posible este precioso ejercicio, ofrecemos aquí doce meditaciones tomadas de las obras de San Alfonso, sobre las aflicciones del Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos. Damos doce, ¹⁾ porque tenemos, sobre todo,

¹⁾ Pueden también elegirse para la Hora Santa las meditaciones que se encuentran en el Mes del Sagrado Corazón, sobre todo, las que tratan del Corazón afligido de Jesús.

en vista, la celebración y la comunión del primer viernes del mes, del cual la Hora Santa será como la preparación natural. Por tanto, recomendamos á los fieles, aún á los más ocupados, no sean remisos en ofrecer este homenaje al divino Corazón, que tanto les ha amado. La Hora Santa será para ellos una escuela de las más grandes virtudes, un tesoro de gracias inapreciables, una fuente de consuelos, con frecuencia muy necesarios en este valle de lágrimas, y, por fin, una prenda de protección especial de parte del Corazón de Jesús. Entonces el Salvador ya no dirá más con el Profeta : *He buscado á alguien que me consuele y no lo he hallado,* ¹⁾ sino que verá en nosotros la realización de estas palabras del Espíritu Santo : *Seré consolado en sus siervos.* ²⁾)

1) Ps. 68, 21. — 2) II Mach. 7, 6.

—♦—



LA HORA SANTA.

ORACIONES QUE PUEDEN SERVIR PARA PRINCIPIARLA.

I. Oración al Corazón de Jesús, por el
mérito particular de cada una de las
penas que sufrió en la Pasión.

Dulce Corazón de mi Jesús! por la humillación á que quisisteis someteros, lavando los pies á vuestros discípulos, os suplico me concedáis la verdadera humildad, que me haga humillarme delante de todo el mundo, y particularmente delante de los que me desprecian.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la tristeza mortal que experimentasteis en el Huerto de los Olivos, os

suplico me preservéis de la tristeza del infierno, endonde debería estar para siempre, lejos de Vos y sin poder amaros.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el santo horror que tuvisteis á mis pecados, ya presentes á vuestros ojos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que sentisteis viéndoos traicionado por Judas, por medio de un beso, haced que yo os sea fiel y que no os traicione más, como hasta hoy lo he hecho.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que experimentasteis viéndoos atar como un malhechor, para ser conducido delante de los jueces, os suplico me unáis á Vos con las dulces cadenas de vuestro amor, de modo que nunca me vea separado de Vos, que sois mi único bien.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por todos los desprecios, las bofetadas y los esputos que recibisteis durante

aquella triste noche pasada en casa de Caifás, dadme la fuerza necesaria para sufrir con paciencia, por amor vuestro, todas las afrentas que reciba de los hombres.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la burla que os hizo sufrir Herodes, tratándoos como á un loco, dadme la gracia de soportar con dulzura todas las injurias que me hagan los hombres llamándome vil, loco ó malvado.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el ultraje que os hicieron los judíos, prefiriendo á Barrabás, concededme la gracia de sufrir con paciencia toda preferencia hecha sobre mí, aunque sea injustamente.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el dolor que quisisteis sufrir en vuestro santísimo cuerpo, cuando fué tan cruelmente flagelado, haced que soporte pacientemente todo lo que tenga que sufrir en las enfermedades, y especialmente en la muerte.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por

el dolor que la corona de espinas os hizo sufrir en vuestra adorable cabeza, concededme la gracia de no consentir jamás en los pensamientos que os desagradan.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la bondad con que quisisteis aceptar la muerte de cruz, á la cual Pilatos os condenó, haced que yo acepte con resignación la muerte que se me espera y todas las penas que deben acompañarla.

¡Jesús mío! por la pena que visteis al llevar vuestra cruz, por el camino del Calvario, dadme la gracia de sufrir con paciencia todas las cruces de mi vida.

¡Jesús mío! por el dolor que experimentasteis cuando clavaron vuestros pies y manos sobre la cruz, os suplico clavéis á vuestros pies mi voluntad, á fin de que yo no quiera otra cosa sino lo que Vos queráis.

¡Jesús mío! por la amargura que sufristeis cuando se os dió á beber hiel, hacedme la gracia de que no

os ofenda más con intemperancias en la comida y en la bebida.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que sentisteis sobre la cruz, despidiéndoos de vuestra Santa Madre, libradme de los afectos desordenados para mis parientes ú otras criaturas, á fin de que mi corazón sea vuestro enteramente y para siempre.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la desolación que experimentasteis en el momento de vuestra muerte, viéndoos abandonado aún de vuestro Padre eterno, dadme la gracia de sufrir con paciencia todas mis aflicciones, sin perder jamás la confianza en vuestra bondad.

¡Jesús mío! por las tres horas de tormento y agonía que precedieron á vuestra muerte sobre la cruz, hacedme la gracia de soportar con resignación, por amor vuestro, las penas de mi agonía.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el extremo dolor que sentisteis cuando vuestra alma se separó de vue-

tro cuerpo adorable, haced que al momento de mi muerte, entregue mi espíritu ofreciéndoos mis sufrimientos con un acto de amor perfecto, para ir en seguida al cielo á veros cara á cara y á amaros con todas mis fuerzas durante toda la eternidad.

Y vos ¡oh Santísima Virgen María, mi Madre! por la espada de dolor que os atravesó el Corazón cuando visteis á vuestro Hijo amadísimo inclinar la cabeza y expirar, os suplico me asistáis en la hora de mi muerte, para que vaya á bendeciros y daros gracias en el paraíso, por todos los bienes que me habéis obtenido del Corazón de Jesús.

II. Sentimientos de confianza.

¡Jesús mío! la vista de mis pecados me espanta, pero la vista de vuestro Corazón abierto para mí, me conforta y me consuela; Vos no me rehusaréis el perdón que os pido, puesto que habéis dado vuestra sangre y vida por mí. ¡Oh Llagas de

Jesús! ¡oh Corazón de Jesús! vosotros sois mi esperanza.

¡Mi amado Redentor! en la hora de mi muerte, cuando me vea entregado á los últimos y más violentos embates del infierno, Vos debéis ser mi sostén. La muerte cruel que habéis sufrido por mí, me hace concebir la esperanza de morir en estado de gracia y con un ardiente amor á Vos. Por las tres horas de agonía que sufristeis sobre la cruz, concededme la fuerza de sufrir con resignación y por amor vuestro las penas de mi agonía. Y vos ¡oh María! por el dolor que experimentasteis viendo expirar á Jesús, vuestro Hijo amadísimo, obtenedme la gracia de expirar amando á Dios, á fin de que tenga la felicidad de ir á amarlo eternamente con vos en el paraíso.

¡Dulce Jesús mío! espero por vuestros méritos que me perdonaréis todas las injurias que os he hecho. Y ¿podría dudarlo, oh Amor mío crucificado, cuando vos habéis muerto

para perdonarme? ¿Podría dudar de vuestra misericordia, cuando ella os ha hecho descender del cielo para venir á buscar mi alma? ¿Temeré que me rehuséis la gracia de amaros, después de haber Vos sufrido tanto para conquistar mi amor. ¿Temeré que los pecados que he cometido, y de los cuales me arrepiento sinceramente, me priven para siempre de vuestra gracia después de haber Vos derramado toda vuestra sangre para borrar mis pecados y hacerme así recobrar vuestra amistad? Veo, Señor, que queréis mi salvación; me hacéis detestar mis faltas; me hacéis conocer, por medio de la luz con que me ilumináis, la vanidad de las cosas de este mundo y el amor de vuestro Corazón Sagrado y me inspiráis el deseo de ser todo vuestro. ¡Ah! tomo la resolución de salvarme *para ir al cielo á celebrar eternamente vuestras misericordias.*¹⁾ Ojalá pudiera conservar siempre en el fondo

¹⁾ Ps. 88, 2.

de mi alma el pesar de haber afigido tanto vuestro Corazón y el deseo de amaros con todas mis fuerzas.

Mi amadísimo Redentor y mi Soberano Juez, cuando en la hora de mi muerte comparezca ante Vos, *no me arrojéis de vuestra presencia;*¹⁾ no me desterréis al infierno, porque en ese abismo no podría amaros más; no permitáis que esas llagas, cuyas señales lleváis, y que son una prueba de vuestro amor á mí, sean mi tormento durante toda la eternidad. Perdonadme antes que llegue la hora del juicio; haced que viéndoos por la primera vez, no os encuentre irritado, antes bien, colocadme en el número de vuestros elegidos Vuestro Corazón, tan lleno de ternura y de misericordia, me hace esperar la felicidad de veros en el paraíso

¡Oh Reina del cielo, Madre de Dios, esperanza mía, refugio de los pecadores, tened piedad de mí!

¹⁾ Job. 10, 2.

III. Sentimientos de Contrición.

¡Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! por el horror que habéis tenido de mis pecados en el Huerto de los Olivos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho. ¡Pecados malditos, os detesto; vosotros me habéis hecho perder la gracia de Dios!...

Reconozco lo mal que he hecho separándome de Vos, mi bien supremo; debería haber sufrido todas las penas, todas las miserias, todos los suplicios, antes que ofenderos una sola vez. ¿Qué mayor mal puedo cometer que el de consentir en perder vuestra gracia? ¡Ah mi Jesús! nada me aflige tanto como haberos despreciado, á Vos, cuya bondad es infinita.

Os agradezco, Corazón misericordioso de Jesús, la dulce promesa que habéis hecho á los pecadores *de olvidar sus faltas cuando estén arrepentidos de haberlas cometido.*¹⁾

1) Ez. 18, 22.

Todo eso es el fruto de vuestros dolores. ¡Oh dulce agonía! ¡oh dulce misericordia! ¡oh dulce amor del Corazón de Jesús! vosotros sois mi esperanza.

¡Ay! En el momento mismo en que pensaba en ofenderos, Vos pensabais en tenerme misericordia; y después de mi pecado, cuando no pensaba en arrepentirme, Vos pensabais en llamarme á la penitencia. Miserable como soy, he hecho cuanto ha sido posible por condenarme, y Vos, Jesús mío, habéis hecho cuanto habéis podido por salvarme. Hé ahí cuál ha sido mi conducta para con Vos ¡oh Dios mío! para con Vos, que sois mi soberano Señor, para con Vos, que sois una bondad infinita, para con Vos, que sois digno de un amor infinito. Pero Vos habéis declarado *que no despreciareis un corazón que se humilla y se arrepienta.*¹⁾ Si: me arrepiento de haberos ofendido; re-

¹⁾ Ps. 50.

cibidme pues en vuestra gracia: os lo suplico por la sangre que habéis derramado por mí.

;Oh María, esperanza de los pecadores! obtenedme del Corazón de Jesús el perdón de todos los pecados que he cometido.

IV. Sentimientos de buen propósito.

Dulce Jesús mío, tomó la resolución de perderlo todo antes que perder vuestra gracia. Soy débil, pero Vos sois fuerte, y vuestra fuerza me hará fuerte contra mis enemigos. Bajo vuestra protección, ¿á quién temeré? No permitáis ;oh dulcísimo Salvador! que jamás me separe de Vos. Asistidme en los peligros en que me encuentre y haced que entonces no deje jamás de recurrir á Vos. Experimento un vivo deseo de seros fiel y de vivir para Vos solo todo el tiempo que me queda que pasar sobre la tierra; á Vos os toca darmel las fuerzas que necesito.

Aumentad en mí ¡oh Corazón púrrísmo de Jesús! el temor de desagrados. Tiemblo á la vista de mis infidelidades pasadas; pero vuestras méritos y las multiplicadas gracias que me habéis hecho me vuelven la confianza. Espero que no me abandonareis ahora que os amo; tengo por garantía la misericordia que habéis usado conmigo, cuando no pensaba en amaros. No cuento con mis propias fuerzas, que sé por experiencia que nada valen; pero me apoyo enteramente en vuestra bondad, y hé ahí por qué espero no separarme más de Vos.

Divino Redentor mío, estoy decidido á no alejarme ya de Vos. Aún cuando todos los hombres os abandonen, yo quiero permanecer fiel, por más que me costare la vida. Protesto que aún cuando no hubiera ni paraíso ni infierno, no querría jamás cesar de amaros, puesto que ¡oh Amor mío! seriais siempre digno de ser infinitamente amado.

¡Ah! si pudiera comenzar mi vida nuevamente, sólo querría emplearla en amaros; pero los años perdidos no vuelven más. Os doy gracias por haberme soportado hasta hoy y no haberme precipitado en el infierno, como lo he merecido; puesto que así me habéis perdonado, es justo que os consagre el resto de mi vida; quiero pues que todos mis pensamientos, todos mis deseos y todos mis afectos sólo tiendan á agradaros.

Amadísimo Jesús mío, para unirme á Vos no quiero esperar el momento en que vuestra santa imagen sea presentada á mis labios moribundos. Desde ahora me entrego á Vos; y en mi última hora, cuando todo el mundo me haya abandonado, no me abandonéis Vos que sois mi Redentor. Recibidme en vuestro Corazón Sagrado y haced que dé el último suspiro amándoos, para ir en seguida á amaros eternamente en el cielo.

V. Sentimientos de amor.

Todos los ángeles y todas las criaturas alaben siempre vuestra caridad infinita para con los hombres ¡oh Corazón tan amante de Jesús! ¡Que no pueda yo, sacrificando mi vida, hacer que Vos seáis amado de todo el universo! Aceptad este deseo y concededme la gracia de sufrir algo por Vos antes de mi muerte.

¡Oh Corazón infinitamente misericordioso! Vos habéis previsto las ofensas de que un día me haría culpable para con Vos, y Vos preparasteis mi perdón; Vos previsteis mi ruina y me preparasteis el remedio; Vos previsteis mis ingratitudes, y me preparasteis los remordimientos, los temores, las luces, los llamados á la penitencia, los consuelos espirituales y tantas otras pruebas de ternura que quisisteis prodigarme. Parece pues que habéis querido ver quién iría más lejos, si yo con mis ofensas, ó Vos con vuestras gracias; si yo en pro-

vocar vuestra cólera, ó Vos en atraerme á vuestro amor.

¡Oh Verbo encarnado, Varón de dolores, nacido para vivir en el sufrimiento, el primero y último de los hombres: el primero, porque sois Dios y Soberano Señor de todas las cosas; el último, porque habéis consentido en ser tratado en la tierra como el más vil de todos ellos!

¡Oh Cordero divino! ¡oh Amor infinito, digno de un amor infinito, os amo! Vos os habéis dado todo á mi sin reserva, en vuestra pasión y en el Sacramento del Altar; yo también me doy todo á Vos sin reserva.

Hablad ¡oh desgraciados réprobos! y decidnos ¿cuál es vuestro más cruel tormento? ¿Será el fuego que os abrasa, ó la memoria del amor que el Corazón de Jesús os ha tenido? ¡Ah! el infierno de vuestro infierno, es ver que todo un Dios descendió del cielo para salvarnos, y que vosotros, cerrando los ojos á la luz, quisisteis

perderos y perder un bien infinito, cual es vuestro Dios, que ya no será más vuestro, y que no podréis ya nunca más recobrar.

¡Ah mi Jesús, mi tesoro, mi vida, mi consuelo, mi amor, mi todo! yo os doy gracias porque os habéis dignado iluminarme. Os suplico rompáis las cadenas de los afectos desordenados que me impideñ unirme enteramente á Vos, y atadme á vuestro Corazón con los dulces lazos de vuestro amor; pero atadme tan estrechamente, que no pueda separarme más de Vos.

Queréis mi amor, Señor, lo veo; por eso no me habéis enviado al infierno, y al contrario, me buscáis desde hace tantos años, gritándome sin cesar: «Amame, alma querida, ámame con todas tus fuerzas.» Pues bien: dadme vuestro amor con vuestra santa gracia, y así seré bastante rico y nada más tendré que desear.

VI. Sentimientos de conformidad con la voluntad de Dios.

¡Dulce Corazón de Jesús! cada vez que yo diga: ¡Bendito sea Dios! ó bien: ¡Hágase la voluntad de Dios! quiero aceptar todas las disposiciones que vuestra Providencia me tiene preparadas en el tiempo y en la eternidad.

No quiero otro estado de vida, otra casa, otra alimento, otra salud, otros estídos que los que Vos me deis.

No quiero otra fortuna, otro empleo, otros talentos que los que Vos me tenéis destinados.

Si queréis que mis negocios me sean adversos que mis proyectos fracasen, que mis pleitos se pierdan, que todo lo que poseo me sea arrebatado, así lo quiero yo también.

Si queréis que sea despreciado, aborrecido, abandonado, difamado, maltratado aún por los que más amo, así lo quiero yo también.

Si queréis que sea privado de todo, desterrado de mi patria, encerrado

en una prisión y que viva en penas y angustias continuas, así lo quiero yo también.

Todo sea cómo á Vos os agrade y por el tiempo que os agrade.

Aún mi vida la pongo en vuestras manos; acepto la muerte que queráis depararme, y todas las penas que deben acompañarla. Uno mi muerte á la vuestra; oh Salvador mío! y os la ofrezco en testimonio de mi amor á Vos. Quiero morir por agradaros y por cumplir vuestra divina voluntad.

¡Oh Jesús, María y José, objetos de mis amores! susfra yo por vosotros, muera por vosotros, y sea, en fin, todo vuestro.





EJERCICIO DE LA HORA SANTA para cada uno de los meses del año.

...

ENERO.

Excelencia de la Hora Santa.

Bla Hora Santa es una devoción agradabilísima al Corazón de Jesús y muy provechosa al alma piadosa, porque es un ejercicio de gratitud, de oración y de amor.

La Hora Santa es primero un *ejercicio de gratitud*, porque, meditando los sufrimientos del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemani, se le demuestra que hubiéramos querido hacerle compañía en su abandono y consolarlo en su agonía; y se reco-

noce plenamente el amor que lo ha obligado á sufrir tanto por nosotros. Si una persona después de haber sufrido por un amigo, sabe que este amigo jamás piensa en ese acto de abnegación, ¡qué pena no siente con tal ingratitud! Y por el contrario, ¡qué placer experimenta, si se le dice que su amigo se reconoce obligado hacia ella con una gratitud eterna y que jamás habla ni se acuerda de sus beneficios sin sentirse conmovido hasta derramar lágrimas! Juzguemos por eso cuánto placer se dará á Jesucristo pensando en su pasión. Los fieles que hacen la Hora Santa pueden pues con justicia ser llamados los consoladores del Corazón afligido de Jesús.

La Hora Santa es también un *ejercicio de oración*. Es una hora empleada en orar por sí mismo y por los demás. ¡Ah! ¡cuán necesaria es la oración del hombre para perseverar en la gracia de Dios! Es bueno, sin duda, decir con frecuencia al Cora-



¡Lá á José!

zón de Jesús: *No os dejaré jamás;* pero esta voluntad es frágil si no va sostenida por la oración. Recordemos lo que sucedió á San Pedro. Había oído de boca del Salvador que *en esa misma noche todos sus discípulos lo abandonarian.*¹⁾ Esta advertencia no le abrió los ojos. En lugar de reconocer su flaqueza y pedir al Señor socorro para no caer en la infidelidad, contando demasiado con sus fuerzas, protestó que *aún cuando todos los otros abandonaran á su divino Maestro, él por su parte no lo dejaría jamás.* En vano el Salvador, tomando la palabra, le dijo: *En verdad, te digo, esta misma noche antes que cante el gallo, me negarás tres veces.* El discípulo no dejó de persistir en su presunción: *Nó,* exclamó: *aún cuando ne fuera necesario morir con Vos, no os negaré.* Pero ¿qué sucedió? Apenas el desgraciado entró en la casa del pontífice, cuando fué acusado de ser uno de los discípulos de

1) Matth. 26, 31.

Jesucristo, y lo negó tres veces hasta con juramento, protestando que no lo había visto jamás. Si Pedro hubiera pedido al Señor la gracia de la constancia, no lo habría negado. Su buen Maestro, que lo había llevado consigo al Huerto de los Olivos, le había también convidado á orar y á velar, á fin de no caer en la tentación. Mas Pedro, en lugar de orar, se quedó dormido, lo que le atrajo de parte de Jesús esta amarga reconvenCIÓN: *¡Conque no habéis podido velar una sola hora conmigo!* ¡Feliz el alma que hace la Hora Santa! Jesús no le reprochará como á San Pedro, el no haber podido velar una hora con Él. Ella vela y ora; y orando, obtiene la fuerza necesaria para triunfar del respeto humano, para vencer las tentaciones, para vivir en la humildad y para permanecer fiel á Dios.

La Hora Santa es también *un ejercicio de amor*, por medio del cual el alma piadosa se inflama en el foco mismo del Corazón de Jesús. Ese es

el sagrado depósito de que nos habla la Esposa de los Cantares. Ella decía que siempre que su celestial Esposo la introducía en la celda de su caridad, se veía asaltada de todos lados por el amor divino; *y, lánguida de amor, se sentía obligada á buscar consuelo para su corazón herido.*¹⁾

En efecto, ¿cómo un alma piadosa, considerando durante la hora santa la pasión de Jesucristo, no se sentiría herida por tantas flechas de amor, es decir, por los dolores y las angustias que despedazaron el Corazón de Jesús? ¿Cómo no se verá impulsada por una dulce violencia á amar á quien tanto la ha amado? De ahí es que los santos estaban casi sin cesar ocupados en meditar las afflicciones de nuestro tierno Redentor.

Un piadoso solitario rogaba á Dios le enseñara lo que podía hacer para amarle con un amor perfecto. El Señor se dignó revelarle que para llegar á amarle de ese modo, no había ejer-

¹⁾ Cant. 2, 4.

cicio más útil que el meditar en la pasión. En esta dulce escuela fué donde San Francisco de Asís llegó á ser un serafín sobre la tierra. Lloraba tanto y tan continuamente cuando meditaba sobre los sufrimientos de Jesucristo, que había casi perdido la vista.

Tratemos pues, almas piadosas, de imitar á la Esposa de los Cantares, *quien gustaba*, decía ella, *de un dulce reposo á los pies de su Amado.*¹⁾

Meditemos con frecuencia y representémonos á Jesús agonizando en el Huerto de los Olivos; detengámonos algún tiempo cerca de este divino Salvador, y contemplemos con ternura las desolaciones que ha sufrido y el amor inmenso que nos ha manifestado en esta agonía de su Corazón. ¡Ojalá podamos decir con verdad que hemos reposado á la sombra del que amamos! ¿Queréis, almas amantes, gozar de un reposo lleno de dulzura en medio del tumulto de este mundo, de las tenta-

¹⁾ Cant. 2, 3.

ciones que el infierno os suscita, y aún de los temores que os agitan con el recuerdo del juicio de Dios? Considerad, en la soledad y el silencio de la Hora Santa, al Corazón de vuestro dulce Redentor agonizando en el Huerto: ved correr su sangre divina por todos sus miembros, no por las heridas de las espinas y de los clavos, sino por la violencia de la tristeza y del amor. Á la vista de este Corazón crucificado, ¡cómo no se desprendería vuestro espíritu de los horrores mundanos, de los bienes terrestres y de los placeres sensuales! Del Corazón de Jesús se exhalará un soplo celestial, que encenderá en vos un santo deseo de sufrir por amor de Aquel que quiso sufrir tanto por amor vuestro.

Práctica.

Haré el piadoso ejercicio de la Hora Santa el jueves por la tarde,¹⁾ re-

¹⁾ Ó al menos la víspera del primer viernes del mes.

tirándome á cualquier lugar solitario ó á una iglesia. Emplearé este momento precioso en orar, en hacer el vía crucis ó en leer algunas páginas sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Afectos y súplicas.

Querría ¡oh mi adorable Redentor! morir de pesar cuando recuerdo haber contristado tanto vuestro Corazón, que tanto me ha amado! Dignaos olvidar todos los disgustos que os he dado y arrojar sobre mi alma una mirada de amor, como la que dirigisteis á San Pedro después de su pecado, mirada que cambió sus ojos en dos fuentes inagotables de lágrimas.

¡Oh Hijo de Dios, oh Amor infinito! sufrís por esos mismos hombres que os aborrecen y os maltratan. Demasiado honor habréis hecho á los hombres ¡oh Majestad infinita á quien los ángeles adoran! si sólo los hubieraís admitido á besar vuestros pies;

¿cómo pues habéis podido consentir en ser afligido por ingratos que no cesarán de despreciaros? ¡Oh Jesús despreciado por mí! haced que yo sea despreciado por Vos; ¿podría yo rehusar las humillaciones, viendo que Vos, que sois mi Dios, habéis sufrido tantas por mi amor? ¡Ah Jesús mío! haceos conocer y haceos amar.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón amante de mi Jesús! sería yo por demás ingrato si no os amara.

Ejemplo.

El día 1º de febrero de 1871 moría en Asís una religiosa franciscana á quien el cielo había favorecido con sus más extraordinarias gracias. Se llamaba María Saraceni. Su seráfica vida es uno de los más hermosos modelos de la devoción al Corazón de Jesús. La maestra de novicias preguntaba un día á María, entonces joven aspirante, lo que hacía durante la meditación. «Contemplo al Sagrado Corazón de Jesús,» respondió ella.

Durante su toma de hábito no cesó de llorar. Como se le preguntara el motivo de sus lágrimas, dijo: «Me parecía ver al dulce Jesús dárseme á mí como un esposo crucificado. Entonces comprendí la obligación que tenía de trabajar por salvar almas.» Dios la hizo conocer repetidas veces en la santa Comunión que su voluntad era que encomendara á los pecadores á la divina misericordia. Para conformarse con esta inspiración, resolvió abrazar la más austera penitencia.

Siendo maestra de novicias, se aplicó á inculcar, ante todo, en los jóvenes corazones que le estaban confiados, el desprecio del siglo y un grande amor al Sagrado Corazón. En un retiro Jesucristo le hizo gustar la suavidad del amor que reinaba en su corazón, y le pidió toda su voluntad. Ella respondió que ya se la había dado toda entera, pero que desde ese momento quería, no solamente renovar la ofrenda ya hecha,

sino también agregar la promesa de encerrarse para siempre en su Sagrado Corazón. Amante de los sufrimientos, exclamaba: «Estoy desposada con la cruz. ¡Oh! ¡qué consuelo llevar la de Jesús, mi Esposo ensangrentado!» Muchas veces le parecía que Jesús la estrachaba contra su Corazón. El jueves en la tarde iba á visitar el Santísimo Sacramento con la intención de hacer la Hora Santa y de acompañar á Jesús agonizante en el Huerto de los Olivos, para obtener de Él la conversión de los pecadores. Un día exclamó, exhalando un profundo suspiro: «¡Ah! ¡por qué tanta indiferencia para con las almas rescatadas por Jesús! ¿No veis el cruel estado de Jesús que agoniza, bañado en su sangre? Esta sangre viene de su Corazón: es derramada por amor á las almas y ninguna está excluida de este amor. ¡Oh Huerto, Huerto! ¡cuán poco se piensa en tí! Almas, almas, venid al Huerto, y recibiréis el bautismo de sangre.»

La superiora preguntó un día á María Saraceni por qué suspiraba tan ardientemente por los sufrimientos. «Por salvar almas, madre mía, respondió ella. ¡Dios sea bendito! veo que muchos sacerdotes tienen celo por las almas. ¡Oh santos sacerdotes! no os desaniméis, trabajad con valor. ¡Si supierais cuánto os ama Dios porque amáis á las almas!» Cuando una de sus hermanas se acercaba á ella después de la comunión, le decía con el sentimiento de la más viva fe: «Sois un santo tabernáculo!»

A principios de 1866 predijo que pronto habría una gran mortandad de hombres; «pero lo que es peor, agregó, es la pérdida de las almas..»

Consagrada enteramente á la devoción del Corazón de Jesús, hubiera querido ver á todo el mundo consagrarse á Él. «Sería muy agradable á Jesucristo, decía, consagrarse á su Sagrado Corazón por un acto escrito, y renovar frecuentemente esta consagración.»

El último día de la vida se acercaba para ella. Y ¡quién lo creyera! este ángel de la tierra temblaba... temblaba, creyendo que Dios la había abandonado por sus pecados. «¡Ah! exclamaba, si yo debiera continuar viviendo, comenzaría una vida toda santa!» Su consuelo sobre su lecho de dolor era dirigir los ojos á la imagen del Corazón de su Esposo y oír leer los más piadosos afectos hacia este Corazón Sagrado, hasta que al fin fué á unirse á Él eternamente á la edad de cuarenta y siete años.

—•••—

FEBRERO..

El Corazón afligido de Jesús, victima voluntaria.

La aflicción sufrida por el Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní hará poca impresión sobre nosotros si no la consideramos con una fe vivísima. Es pues necesario

reanimar nuestra fe al principio de cada meditación, preguntándonos: ¿quién es el que sufre? ¿qué obligación tenía de sufrir?

¿Quién es el que sufre? El Apóstol, hablando de la divina bienaventuranza, llama á Dios el *único feliz y poderoso.*¹⁾ Y con razón, porque toda la felicidad de que podemos gozar nosotros, sus criaturas, es sólo una mínima participación de la felicidad infinita de Dios; la felicidad de los elegidos consiste en *sumergirse en el inmenso océano de la beatitud divina.*²⁾ Tal es el paraíso que Dios da al alma fiel, cuando entra ella en posesión del reino eterno.

Dios, creando al hombre y estableciéndolo sobre la tierra, no quiso al principio que tuviera que sufrir y *le puso en un lugar de delicias,*³⁾ desde donde debía pasar al cielo, para gozar ahí eternamente de la gloria de los bienaventurados. Mas, pecando, el hombre se hizo indigno

1) Tim. 6, 15. — 2) Matth. 25, 31. — 3) Gen. 2, 15.

del paraíso terrenal y se cerró las puertas del paraíso celestial, condenándose él mismo voluntariamente á la muerte y á los sufrimientos eternos. ¿Qué hizo entonces el Hijo de Dios para librarnos del hombre de tan gran desgracia? De feliz, de grandemente feliz que había sido siempre, quiso hacerse en cierto modo, desgraciado, consintiendo en ser afligido y perseguido.

¿Qué obligación tenía el Hijo de Dios de sufrir por nosotros y de expiar nuestras faltas? Ninguna. Si sufrió, *es porque así lo quiso*, como nos lo dice el Profeta;¹⁾ si ha expiado nuestras faltas, es porque ha querido cargar con ellas para librarnos de la condenación eterna; es su voluntad, es su pura bondad, es su corazón amantísimo quien lo ha obligado á cargar con nuestras deudas y á sacrificarse enteramente por nosotros hasta expirar en los tormentos. Él mismo lo ha declarado: *Doy mi*

¹⁾ Is. 53, 7.

*vida... nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad.*¹⁾

Hacía más de treinta y tres años que Jesús estaba sobre la tierra, cuando una tarde se fué al Huerto de los Olivos, y ahí se vió á la alegría del paraíso, al gozo de los Angeles, á la beatitud misma, caer en la más amarga de las aflicciones: *Empezó á entristecerse y angustiarse.*²⁾

Meditemos con fe, por una parte, la beatitud eterna é infinita del Hijo de Dios, y, por otra, el amor inmenso que lo obligó á sufrir voluntariamente la sangrienta agonía del Huerto de los Olivos, y nos veremos forzados á exclamar, pasmados de admiración: ¡Oh anonadamiento de un Dios! ¡oh amor de un Dios!

Notemos aquí que Jesucristo, no contento con decir: *Desearía rescatar al mundo*, lo ha rescatado realmente, y al precio de los más grandes sacrificios. Tal debe ser nuestra conducta respecto de nuestra salvación

¹⁾ Jo. 10, 17. — ²⁾ Matth. 26, 37

y de nuestra perfección. No basta decir: *Querría salvarme, querría santificarme*. Esos son los deseos ineficaces que de nada sirven; porque, á cuántos se oye decir: *Querría, querría...* pero que al mismo tiempo no llenan las obligaciones de su estado presente, no practican la oración, descuidan la comunión, aman el mundo y sus vanidades, sufren con poca paciencia, cometan diariamente faltas con ánimo deliberado, mortifican poco sus pasiones y no tratan de corregirse. No digamos pues: *Querría*, si no más bien: *Quiero*, haré lo que Dios quiera y exija de mí; lo haré hoy, lo haré mañana y lo haré siempre. Obrar así es volar al cielo y á la perfección.

Práctica.

Me examinaré seriamente para ver si hago todo lo que Dios exige de mí para mi provecho espiritual. ¿No he descuidado hasta aquí los deberes de mi estado? ¿He sido fiel á los

ejercicios de piedad, tales como la misa, el examen, la lectura espiritual, la meditación, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, el rosario, el vía crucis, etc.? ¿Cuál será mi regla de vida para lo futuro?

Afectos y súplicas.

¡Ah mi amadísimo Redentor, cuán-
to os ha costado sacarme del abismo
en que mis pecados me habían sumer-
gido! Así ¡oh mi divino Maestro!
para librarme de la esclavitud del
demonio, al cual yo mismo me vendí
pecando voluntariamente, Vos habéis
consentido en ser afligido como el
más grande de los pecadores, y yo,
sabiendo esto, he podido contristar
tantas veces vuestro amabilísimo Co-
razón, que tanto me ha amado!...
¡Ah! puesto que Vos, que sois la
inocencia misma, que sois mi Dios,
habéis aceptado con amor una vida
y una muerte tan penosas, yo acepto
por vuestro amor, oh Jesús mío, to-
das las penas que me vengan de

vuestra mano; las acepto y las abrazo, porque ellas me vienen de esas manos que han sido traspasadas por librarme del infierno eterno que tantas veces he merecido: el amor que me habéis manifestado, Redentor mío, ofreciéndoos á sufrir por mí, me obliga á aceptar por Vos todos los sufrimientos y todos los desprecios. Señor, por vuestros méritos, dadme vuestro amor; vuestro amor me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Os amo sobre todas las cosas, os amo con todo mi corazón, os amo más que á mí mismo. Haced que emplee el resto de mis días en daros muestras de mi amor; porque no me atrevería á comparecer á vuestro tribunal tan pobre como soy, no habiendo hecho nada por vuestro amor. Pero, ¿qué puedo hacer sin vuestra gracia? Sólo me atrevo á pediros que me ayudéis, y esta súplica misma es un efecto de vuestra gracia. Jesús mío, socorredme por los méritos de vuestros sufrimientos

y de la sangre que habéis derramado por mí. ¡Oh María! encomendadme á vuestro divino Hijo, considerando que soy una de sus ovejas, por las cuales Él ha dado su vida.

ORACIÓN JACULATORIA.—¡Oh Corazón de Jesús! el que no os ama manifiesta que no os conoce.

Ejemplo.

Habiendo sido el espíritu de sacrificio el alimento continuo del Corazón de Jesús, no es admirable el ver á ciertas almas devotas de este Corazón Sagrado, llevar el heroísmo hasta ofrecerse á Dios como víctimas por el bien de la Iglesia y de su augusto Jefe. Nuestra época ha sido particularmente fecunda en semejantes abnegaciones. La mayor parte, sin duda, de esas generosas inmolaciones contemporáneas, aunque sólo se consumaron en deseo, no por eso fueron menos meritorias. Otras, sin embargo, fueron, visiblemente aceptadas: tal es, al menos como la sabi-

duría humana pudo juzgarlo, la de la señorita María Léautard en Roma, en 1866. Esta santa niña era de Marsella, ciudad tan devota del Corazón de Jesús. Ella fué en esta gran ciudad la providencia de los pobres, de los prisioneros y de los soldados, á quienes proporcionó para sus enfermedades el gran beneficio del establecimiento de las Hermanas de la Caridad en los hospitales de Marsella. Había recibido de Napoleón III, en señal de gratitud, junto con la cruz de la Legión de Honor, el increíble privilegio de pedir y de obtener la gracia de todos los condenados militares cuyo arrepentimiento ella garantizaba. Esta admirable cristiana había ido á Roma para orar sobre la tumba de los Apóstoles y recibir la bendición del Papa. Habiendo sido retenida en esa ciudad por un atractivo superior y divino, resolvió pasar en ella el resto de su vida, llegando á ser ahí la madre de los zuavos pontificios, como lo había sido de los

soldados franceses en Marsella. En 1866, sintiendo debilitarse sus fuerzas y no sabiendo cómo servir más á Dios, tuvo la inspiración de coronar su vida con un supremo y heroico sacrificio. Pío IX estaba gravemente enfermo, y esta augusta y preciosa salud causaba nuevas inquietudes al mundo católico. La señorita Léautard resolvió ofrecerse á Dios como víctima en reemplazo de su Vicario. Pero, temiendo que fuera éste un acto de presunción, quiso primero obtener del Papa la debida autorización. Cuando le hubo expuesto su sublime deseo, Pío IX permaneció algún tiempo inmóvil y silencioso, mientras la santa niña, con las manos juntas y la mirada fija sobre él, esperaba su respuesta. En fin, como si él hubiera obedecido á una voz que le hubiera hablado en secreto, colocó su mano sobre la cabeza de la generosa cristiana y le dijo con un acento solemne: «Id, hija mía, y haced lo que Dios os ha sugerido.» La

bendijo con emoción, y ella lo dejó, llena de gozo.

El día siguiente, la señorita Léautard asistió, según su costumbre, á la primera misa en San Pedro. Recibió la comunión, y cuando tuvo en su corazón á la víctima de amor, ofreció su vida por el Papa. A penas hubo formulado su voto, cuando, presa de un dolor terrible y súbito, cayó en tierra lanzando un grito. Todos la rodean, se le lleva á su casa, se llama al médico, quien declara que su arte es impotente contra este mal extraño. Todo ese día y los dos siguientes no cesó de sufrir dolores tan crueles, que no podía ni hablar ni dar las gracias á las personas que la cuidaban sino con una sonrisa ó un movimiento de las manos. El miércoles 19 de diciembre estuvo algo aliviada; pidió y recibió los últimos sacramentos con una devoción y un gozo angelicales. Concluída la acción de gracias, se despidió de sus amigos y respondía ella misma á las

oraciones de los agonizantes con una piedad que conmovía todos los corazones. Cuando se llegó á esta palabra suprema: « Parte, alma cristiana, en el nombre del Padre que te ha creado, en el nombre del Hijo que te ha rescatado y en el nombre del Espíritu Santo que te ha santiificado, » bajó la cabeza y expiró.

La noticia de esta muerte fué llevada al Vaticano. Pío IX la recibió sin manifestar ninguna sorpresa; pero, levantando los ojos al cielo, murmuró con voz conmovida: « ¡Oh sacrificio tan pronto aceptado! » (*Un invierno en Roma* por Anatolio de Segur.)

MARZO.

*El Corazón afligido de Jesús,
victima universal.*

Del mismo modo que todas las aguas van á arrojarse al mar, así todas las aflicciones se reunieron en el Corazón de Jesús. Él las acep-

tó con la más sublime abnegación, impulsado por su amor hacia nosotros, amor que ha llegado hasta el exceso, y aún puede decirse hasta la locura; porque ¿no es una locura de amor el que un Dios haya querido cargarse con todas las iniquidades del mundo, para sufrir las penas consiguientes?

Jesucristo sabía que todos los sacrificios de víctimas materiales ofrecidos á Dios en otro tiempo, no podían satisfacer por los pecados de los hombres, porque era necesaria una persona divina para pagar el precio de su redención: y entonces ¿qué hizo? Se ofreció Él mismo á su Padre, para apaciguar su cólera y satisfacer por nosotros. Con este fin, dos caminos se presentaban ante Él: era el uno de placer y de gloria, el otro, de sufrimientos y de oprobios: ¿cuál escogió? Como no solamente quería rescatarnos de la muerte, sino también captarse el afecto de nuestros corazones, *renunciò al pla-*

cer y á la gloria y escogió los sufrimientos y los oprobios.¹⁾ Así es como este amable Salvador, sin obligación alguna, tomó sobre Sí todas nuestras deudas, como lo expresa claramente el profeta Isaías: *En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades.*²⁾

Hé ahí pues al Corazón de Jesús, la inocencia, la pureza y la santidad misma, hélo ahí cargado de todas las blasfemias, de todas las torpezas, de todos los sacrilegios, de todos los robos, de todas las impurezas y de todos los crímenes de los hombres; hélo ahí cómo por nuestro amor ha llegado á ser el objeto de las maldiciones divinas, á causa de nuestros pecados, por los cuales se obligó á satisfacer á la justicia eterna; hélo ahí cargado de tantas maldiciones cuantos han sido los pecados mortales que se han cometido y habrán de cometerse sobre la tierra. En este estado se presentó á su Padre como

¹⁾ Hebr. 12, 2. — ²⁾ Is. 53, 4.

culpable y responsable de todos nuestros crímenes, y Dios, su Padre, lo condenó como tal á sufrir la muerte infame de la cruz. Fue entonces cuando nuestro Salvador se *prosternó con el rostro en tierra*,¹⁾ como si tuviera vergüenza de levantar sus ojos al cielo, viéndose cargado de tantas iniquidades. Fue entonces cuando experimentó el inmenso desconsuelo que le hizo decir: *Mi alma está triste hasta la muerte.*

¡Oh Padre Eterno! ¿cómo podéis ver á vuestro Hijo amado en una aflicción tan grande? Sé bien, dice el Padre Eterno, que mi Hijo es inocente; pero, puesto que se ha encargado de satisfacer á mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que Yo le abandone á todas las aflicciones que esos pecados merecen. *Yo lo he herido á causa de la iniquidad de mi pueblo.*²⁾

¡Oh caridad incomparable del Corazón de Jesús! Él, nuestro Dios, se

¹⁾ Matth. 26, 39. — ²⁾ Is. 53, 8.

ha hecho nuestro fiador, obligándose á pagar nuestras deudas, según la hermosa expresión del apóstol;¹⁾ y después de haber satisfecho por nosotros, nos promete, de parte de Dios, la vida eterna. De ahí es que el *Eclesiástico* nos ha advertido de antemano que *no olvidemos jamás el beneficio que debemos á este celestial fiador*,²⁾ que ha querido sufrir tanto para obtenernos la salvación.

¡Oh caridad infinita del Corazón de Jesús! Los médicos cuando aman á un enfermo hacen cuanto pueden por sanarlo. Pero, ¿cuál es el médico que por curar un enfermo toma sobre sí mismo su enfermedad? Jesucristo es el único médico que ha cargado con nuestras enfermedades para curarnos. No quiso enviar á otro para llenar este misericordioso oficio; y se dignó venir Él mismo, á fin de conquistar todo nuestro amor.

¡Oh caridad verdaderamente divina del Corazón de Jesús! No se con-

¹⁾ Hebr. 7, 32. — ²⁾ Eccli. 29, 20.

tentó con ofrecer á la justicia divina una simple satisfacción, sino que la quiso superabundante; y digo *superabundante*, puesto que para rescatarnos era suficiente una sola súplica del Hombre-Dios; pero esto no bastaba para el más amante de los corazones.

¡Oh caridad verdaderamente inefable é inaudita del Corazón de Jesús, que nos obliga á poner en Él una confianza sin límite! Porque nada puede turbarnos mientras Jesucristo pueda confortarnos. Aunque el recuerdo de los pecados que he cometido me rodee, aunque me asalten los temores del porvenir, aunque los demonios me tiendan lazos, si pido misericordia á Jesucristo que me ha amado hasta la muerte, no puedo perder la confianza de que El acudirá en mi socorro. ¿Cómo, en efecto, podría abandonarme este Dios que me ha amado hasta entregarse á la muerte por mí? ¡Oh Corazón de Jesús! Vos sois el puerto seguro de

los que en la tempestad acuden á Vos! ¡Oh pastor vigilante! se equivocan los que no esperan en Vos cuando tienen voluntad de corregirse. Vos habéis dicho: «Soy Yo, no temáis; soy Yo quien affijo y quien consuelo». Envío algunas veces á mis servidores desolaciones que parecen un infierno; pero, en seguida las disipo y los consuelo. Soy vuestro abogado, y vuestra causa ha llegado á ser la mía. Soy vuestro fiador, y he venido á pagar vuestras deudas. Soy vuestro Salvador, y os he rescatado con mi sangre, no para abandonaros, sino para enriqueceros, á vosotros que me habéis costado tan caro. ¿Cómo me alejaré del que me busca, Yo que he ido al encuentro de los que querían ultrajarme? No retiré mi rostro del que me hirió, y ¿lo retiraré del que quiera adorarme? ¿Cómo pueden dudar mis hijos de que los amo, viéndome por su amor entre las manos de mis enemigos? ¿Me han visto alguna vez despreciar

al que me ama, ó abandonar al que reclama mi socorro? Llego aún al extremo de buscar á lós que no me buscan.

Práctica.

Mi confianza en el Corazón de Jesús será sin límites, puesto que es sin límites el amor que El me tiene. Vengan persecuciones, enfermedades, sequedades, escrúpulos, tentaciones, temores por la salvación, siempre diré con el Salmista: *Señor, pongo mi alma en vuestras manos; confio plenamente en Vos, porque me habeis rescatado.*¹⁾

Afectos y súplicas.

¡Oh Jesús mío! si Dios os ha *cargado con todos los pecados de los hombres,*²⁾ yo, con los míos, he hecho pesar más la cruz que llevasteis al Calvario. ¡Ah mi dulce Salvador! ya entonces veíais las injurias que os iba

¹⁾ Ps. 30, 6. — ²⁾ Is. 53, 6.

á hacer; á pesar de eso, no habéis dejado de amarme y de prepararme las grandes misericordias, de que en seguida me colmasteis. De consiguiente, si también os he sido tan querido, yo, el más vil y el más ingrato de los pecadores, yo que tanto os he ofendido, es muy justo que Vos me seáis querido, Vos, mi Dios, belleza y bondad infinitas, que tanto me habéis amado. ¡Ah! si pudiera no haberos jamás afligido! Ahora, mi Jesús, conozco el mal que os he hecho. ¡Oh pecados malditos! vos habéis llenado de amargura el Corazón tan tierno y tan amante de mi Redentor! Por favor, perdonadme ¡Jesús mío! me arrepiento de haberos ofendido y en lo venidero seréis el único objeto de mi amor. ¡Oh amabilidad infinita! os amo con todo mi corazón, y estoy resuelto á no amar otra cosa que á Vos. ¡Señor! os digo con San Ignacio: *Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y no os pido más.*

ORACIÓN JACULATORIA. — Cordero sin mancha, no queden perdidos tantos sufrimientos padecidos por mí.

Ejemplo.

Joaquín Gaudiello, hermano lego de la Congregación del Santísimo Redentor, fue toda su vida un fervoroso amigo de la cruz, lo que lo hizo singularmente querido del Corazón generoso de Jesús.

Cuando resolvió hacerse religioso, se le preguntó por qué quería abrazar una condición tan humilde. *Es, respondió, porque, sin hacer caso del mundo, quiero seguir á Jesucristo vilipendiado y despreciado.* Joaquín no cesó de hacer á su cuerpo una guerra cruel, sujetándolo á la mortificación y al trabajo, y, lo que es digno de los mayores elogios, supo unir los trabajos manuales con el más sublime espíritu de oración Recurría á Dios en todas sus necesidades. *Puesto que Él es mi padre, decía, recurro á Él como un hijo suyo.* Jesús

en el Santísimo Sacramento había arrebatado su corazón; era tan ávido por la santa Comunión, que se le permitió hacerla todos los días. En sus momentos de descanso iba á la Iglesia y desahogaba su corazón en el Corazón de su amable Jesús. Á ejemplo de Jesús, cifraba toda su gloria y su felicidad en las humillaciones y los desprecios, no tomando para nada en cuenta las vanidades del mundo. *¿Qué es el mundo?* acostumbraba decir, aún á los más elevados personajes, *¿qué es el mundo, sino una sombra, un humo, y un humo del infierno?* Cuando á penas contaba veintidós años, cayó enfermo y murió. Interrogado una vez cómo pasaba el día en su lecho de dolor: *Me miro en mi espejo*, respondía, mostrando el crucifijo. Su amor á los sufrimientos y su conformidad con la voluntad de Dios eran verdaderamente admirables. Un Padre le preguntó un día cuándo quería ir al cielo, y respondió alegremente: *Quiero ir*.

allá cuando mi Jesús lo quiera. Tenía un amor tan tierno hacia el Santísimo Sacramento, que en su presencia parecía transformarse en un serafín: sus arranques de amor, sus frecuentes aspiraciones enternecían á todo el mundo. Un día en un trasporte de amor dijo al Padre Mazzini: *Toma un cuchillo, abridme el pecho, tomad mi corazón y depositadlo en el tabernáculo al lado del Santísimo Sacramento.* Su tristeza consistía en no poder morir crucificado como Jesucristo. Se le decía, para consolarlo, que su cama era su cruz. Nó, replicaba lloroso, *no es para mí una cruz, porque estoy fortificado por Jesús crucificado y lleno de amargura.* Colocaron delante de él una pequeña estatua de Jesús flagelado; luego que la vio, se deshizo en lágrimas y dijo suspirando: *¡Que yo no pueda hacerme semejante á Vos, oh Jesús mio flagelado por mí! ¡Enviadme sufrimientos y llagas, oh Salvador mio!* Sintiendo que la muerte se aproximaba, manifestó un

vivo deseo de recibir la Extremaunción, diciendo: *Es el último consuelo que Jesucristo nos ha dejado en su bondad.* Después de haber recibido la santa Comunión, fué arrebatado fuera de sí, su rostro tomó una expresión angelical, y permaneció todo el día en ese estado sobrenatural. Hacia la tarde se le preguntó cómo se sentía. *Me siento*, dijo, *con Jesús en el corazón.* La víspera de su muerte exclamaba en un delirio celestial: *¡Paraíso! ¡paraíso!* Siendo el primer redentorista que moría, decía á sus hermanos, por último adiós, estas palabras: *Yo soy el portaestandarte!* Su agonía fué un acto de amor no interrumpido, y expiró pronunciando los santos nombres de Jesús y de María en 1741. El Señor se dignó manifestar con diversos prodigios la santidad de su siervo. San Alfonso lo llamaba *un joven adornado de todas las virtudes.*

ABRIL.

*El Corazón afligido de Jesús,
víctima perpetua.*

Aunque el piadoso ejercicio de la Hora Santa tenga por fin especial honrar los dolores del Corazón de Jesús en Gethsemaní, es bueno, sin embargo, que el alma fiel recuerde que la agonía del Salvador no comenzó ahí, que su vida se deslizó en una desolación no interrumpida y que fué *un océano de amargura* sin límites. Esto fué lo que Nuestro Señor reveló un día á Santa Margarita de Cortona, diciéndole que *durante toda su vida no había experimentado el menor consuelo sensible*.

La tristeza que manifestó en el Huerto, lo había sobrecogido ya desde el primer momento de su encarnación. *Mi dolor*, decía por boca del Salmista, *está continuamente ante mis ojos*:¹⁾ y desde entonces empezó á

1) Ps. 37, 14.



A tended y mirad si hay dolor como
mi dolor.

ofrecerlo en satisfacción de nuestros pecados. Reveló á uno de sus siervos que desde el principio de su vida hasta su muerte, había sufrido sin cesar y tan cruelmente, que, si hubiera tenido tantas vidas como hombres hay, habría otras tantas veces muerto de dolor, si Dios no le hubiera conservado la vida para sufrir más tiempo. ¡Ah! ¡qué martirio para el Corazón de Jesús tener continuamente ante los ojos todos los pecados de los hombres! *Vio sin cesar*, dice San Bernardino, *cada falta de cada uno de nosotros*, y cada una de esas faltas lo afligía inmensamente.

Se tiene cuidado de esconder á los enfermos el hierro y el fuego que deben emplearse para su curación; pero respecto de Sí mismo, no quiso Jesús que los instrumentos de dolor que debían darle la muerte para devolvernos la vida, le fuesen ocultados; tuvo sin cesar ante los ojos, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz, que iban á sacar de sus venas hasta

la última gota de sangre y hacerlo expirar de puro dolor.

Encontrándose la hermana Magdalena Orsini desde largo tiempo en una gran tribulación, se le apareció Jesús crucificado, á fin de fortificarla mediante el recuerdo de su pasión, y la exhortó á sufrir con paciencia. La sierva de Dios le respondió: *Pero, Señor, Vos sólo estuvisteis tres horas sobre la cruz, mientras que yo sufro esta pena desde muchos años.* El Señor le dijo entonces, reprendiéndola: *¡Ah ignorante! ¿qué dices? desde el primer instante que estuve en el seno de mi madre, sufri en mi corazón todo lo que más tarde debia sufrir sobre la cruz.* Por esto puede deducirse que en cierto modo Nuestro Señor ha estado sobre la cruz durante toda su vida. *Aún cuando dormía, dice Belarmino, la cruz no cesaba de atormentar su amante Corazón.*

Así toda la vida y todos los días de nuestro divino Redentor fueron

*vida y días de dolor y de lágrimas,*¹⁾ su Corazón adorable no pasó un instante sin sufrir; velando y durmiendo, trabajando y descansando, orando y conservando, Jesús tuvo siempre ante los ojos esa cruel representación que atormentaba mucho más su santa alma que los más bárbaros suplicios con que atormentaron á los mártires. Los mártires sufrián, pero ayudados de la gracia, y soportaban sus tormentos con la alegría y el consuelo que infunde el fervor; Jesucristo, al contrario, sufriía, pero siempre con un corazón lleno de tedio y de tristeza.

San Juan Crisóstomo deduce de ahí que *sólo el pecado debe entristecernos*, y que así como Jesucristo fué afligido durante toda su vida por nuestros pecados, con mayor razón nosotros que los hemos cometido, *debemos llorarlos sin cesar*, recordando que hemos ofendido á un Dios que tanto nos ha amado.

1) Ps. 80, 11.

Imitemos á Santa Margarita de Cortona, aquella ilustre penitente, que no cesaba de llorar sus faltas. Su confesor le dijo un día: *Margarita, calmaos, no lloréis más: Dios os ha perdonado.* — ¡Ah! Padre mío, respondió ella, *¿cómo puedo cesar de llorar mis pecados, sabiendo que ellos han afligido al Corazón de mi Salvador durante su vida entera?*

No nos contentemos sólo con arrepentirnos de nuestras faltas. Ya que el Corazón inocente de Jesús ha querido sufrir durante toda su vida la pena debida por nuestros pecados, sepamos igualmente recibir con paciencia todas las penas que nos sobrevengan, sin quejarnos de su duración. Así, cuando el Señor nos visite por medio de alguna enfermedad, de algún contratiempo, persecución ó desolación, humillémonos y digamos: Señor, yo merezco esta pena, porque os he ofendido. Humillémonos, digo, y consolémonos; porque, si Dios nos castiga en esta vida, es prueba de

que quiere preservarnos del suplicio eterno. Así decía Job: «*Pueda yo tener el consuelo de que el Señor me aflija y no me perdone nada* ¹⁾ aquí en la tierra, para que me perdone en la otra vida.» Pues bien: el que ha merecido el infierno ¿cómo puede quejarse de las cruces que Dios le envía en esta vida? Si las penas del infierno fueran pequeñas, aún deberíamos preferir el sufrir todos los males temporales, que al fin terminan, antes que soportar esas penas, que, aunque las imaginemos ligeras, siempre serán eternas; qué no haremos pues, sabiendo que el infierno es la morada de todos los dolores, y que todos los dolores son grandes y eternos?

Supongamos que hayamos conservado la inocencia bautismal y que no hayamos jamás merecido el infierno, ¿no es verdad que al menos habremos merecido un largo purgatorio? Ahora bien, recordemos lo que

¹⁾ Job 6, 10

sufren las almas en ese lugar de expiación. *El fuego que las quema*, dice San Agustín, *es un tormento que superpuja todo lo que el hombre puede sufrir en esta vida*. Hé ahí por lo que hace á la pena de los sentidos; pero la pena de daño, ó la privación de la vista de Dios, es, dice San Juan Crisóstomo, *un suplicio incomparablemente mayor que la pena de los sentidos*. Considerémonos pues felices con ser castigados en esta vida más bien que en la otra; cuanto más que si en esta vida sufrimos las penas con paciencia, sufriremos con mérito, mientras que en la otra sufriremos por más tiempo y sin mérito.

Práctica.

Considerando á Jesús afligido en el Huerto, pensaré en las almas afligidas del purgatorio; rogaré por ellas y tomaré la resolución de evitar las faltas que causan su larga agonía, como ellas han sido la causa de la de Jesús.

Afectos y súplicas.

Amadísimo Jesús mío, son mis pecados los que os han causado esta grande aflicción; si hubiera pecado menos, menos habrías sufrido; mientras más he gozado ofendiéndoos, más he aumentado vuestra pena. ¡Ay! ¡cómo no muero de arrepentimiento, pensando que he correspondido á vuestro amor aumentando vuestros sufrimientos y vuestra tristeza! He afligido pues vuestro Corazón que tanto me ha amado. No he dejado de ser agradecido para con las criaturas, y sólo para con Vos he sido ingrato. ¡Oh Jesús mío! perdonadme, que estoy arrepentido de todo mi corazón.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón lleno de amor! ¿qué he hecho ó qué he sufrido por Vos hasta aquí?

Ejemplo.

María Ock, cuya vida maravillosa no cede en nada á la de Santa Cristina

la Admirable ni á la de Santa Catalina de Sena, nació en Lieja en 1622, y ahí murió en 1684.

La profesión de modista que ejerció toda su vida, prueba que no hay estado incompatible con la más sublime perfección. Esta piadosa virgen, en quien brillaban una inocencia y una caridad sin límites, no dejó de ser tiernamente amada del Corazón de Jesús, recibiendo de Él privilegiados favores, y tuvo á este Corazón sagrado una devoción verdaderamente notable.

Y para convencer de ello al lector, vamos á citar algunos fragmentos de su vida, escrita por su mismo director, el R. P. Alberto de San Germán, de la orden de los carmelitas.

Refiere este autor que Jesucristo hizo ver muchas veces á esta hija devota su Corazón traspasado, adornado con los instrumentos de su pasión, y dejando correr por la abertura de su sagrado costado la sangre preciosa de nuestra redención. «Esta sangre,

le dijo el Salvador, debe servir como un sello para marcar la unión estrecha de mi Corazón divino con el tuyo, de manera que en adelante nuestros dos corazones sean inseparables.» Llegó un día á alcanzar la felicidad de ver al niño Jesús, tal como estaba en Belén, pero acostado sobre una cruz, el Corazón abierto y ensangrentado, las manos y los pies horadados y el cuerpo cubierto de llagas. Un día se puso María á besar un pequeño crucifijo; pero cuando llegó á la llaga del Corazón, la besó con tanto fervor, que cayó en éxtasis, y al mismo tiempo oyó una voz que le dijo que lo hiciera con moderación: «¡Cómo, Jesús mío, con moderación! exclamó ella, redoblando sus besos, ¡cómo puede llegarse ahí con moderación, viendo en Vos un amor tan grande hacia nosotros!» Como rogara en una ocasión por un hombre perseguido, se la dijo fuera á advertirle que no tenía más que confiar sus enemigos á Jesucristo y que este buen Sal-

vador, en recompensa, se daría á él con su bendición eterna.

Preguntó al Salvador si le agradaban las oraciones que se le dirigían por las almas justas, y Él le respondió que, haciéndolo, se le da un vino purísimo que regocija su divino Corazón; que cuando se le pide por los pecadores, se le da el mismo placer que ofreciéndole un vino más dulce que la miel, y que las oraciones que se le hacen por las almas del purgatorio le ocasionan mucho gozo, porque están en su amistad y son el objeto de su benevolencia, y así desea que se libren cuanto antes de sus penas.

Otro día, estando en su oratorio, María ofreció á Dios las calumnias que se habían propalado contra ella. De repente oyó una voz que le decía claramente estas palabras: *Jamás me habéis hecho, hija mía, oración ni ofrenda más agradable; ella me ha traspasado el Corazón, y por eso os perdono vuestros pecados y os doy*

mi gracia. Las siguientes palabras le fueron dichas también por Nuestro Señor: *Hija mía, cuando estáis enferma, os abrazo con mi izquierda, y cuando estáis sana, os abrazo con mi derecha, pero sabed que cuando os abrazo con mi izquierda, mi Corazón, todo lleno de amor, está más cerca de vuestro corazón, donde he puesto mi morada.*

MAYO.

El Corazón afligido de Jesús, abismo insondable de dolor.

Alma fiel, hé aquí la Hora Santa!... Trasladémonos á Gethsemaní, y tratemos de sondear el abismo de dolores en que en este momento se sumerge el Corazón de Jesús. Pero, ¿qué digo? ¿Quién podrá jamás expresar, ó solamente concebir la extensión de la desolación de Jesús, desolación mil veces más terrible que todos los suplicios que le esperaban

en Jerusalén y sobre el Gólgota, tan violenta, en una palabra, que bastaba para quitarle la vida? *Mi alma*, dice Él, *está triste hasta la muerte.*¹⁾ Pero, ¿por qué no muere? ¡Ah! es que Él mismo retarda su muerte y prolonga su vida para sacrificarla sobre la cruz.

Es verdad que en esta desolación extrema *un ángel vino del cielo para confortarlo;*²⁾ pero este socorro, lejos de aliviar su pena, sólo la aumentó; el ángel reanima sus fuerzas para ayudarle á sufrir más tiempo por la salvación de los hombres; le da valor representándole la grandeza de los frutos de la pasión, pero sin disminuir nada el dolor. Además, inmediatamente después de la aparición del espíritu celeste, *Jesús cae en agonía y suda sangre en tal abundancia, que baña la tierra.*

Hé aquí pues, alma fiel, hé aquí la más cruel de todas las horas que el Corazón de Jesús pasó en la tierra:

1) Matth. 26, 38. — 2) Luc. 22, 43.

hé aquí cómo su dolor llegó al grado supremo. En vista de los tormentos que van á poner término á su vida, se aterroriza hasta tal punto que suplica á su Padre lo libre de ellos: *Padre mío, si es posible, aparta de Mi este cáliz.*¹⁾ Sin embargo, Jesús no hace precisamente esta oración para escapar al suplicio que le espera, puesto que se ha sometido á él voluntariamente; pero quiere hacernos comprender las angustias que experimenta con el pensamiento de una muerte tan amarga según los sentidos; pero, hablando al punto según el espíritu, tanto para conformarse con la voluntad de su Padre como para obtenernos la salvación, objeto de los más ardientes deseos de su divino Corazón, agrega: *No obstante, hágase vuestra voluntad y no la mía* y continúa así orando y resignándose durante tres horas: *Se pone por tercera vez en oración, repitiendo siempre las mismas palabras.*²⁾

¹⁾ Matth. 26, 39. — ²⁾ Matth. 26, 14.

¡Qué abismo de aflicción debe ser el infierno, puesto que todo un Dios ha querido sumergirse en un océano de tales amarguras para preservarnos de él! ¡Desgraciados los que serán separados para siempre de Aquel que tanto ha sufrido por salvarlos! ¡Ah! no serán las tinieblas, la infección, los gritos, el fuego, lo que constituirá su infierno, sino el dolor de haber perdido á Dios. *Todos los tormentos juntos*, dice San Bruno, *no podrán igualarse á esta pena*. San Juan Crisóstomo asegura que *mil infiernos no serán nada en comparación con este tormento*. Para daros alguna idea, considerad que, si se pierde, por ejemplo, una piedra preciosa de valor de cien escudos, se experimenta una gran pena; pero si vale doscientos, la pena será doble, y si fuera cuatrocientos, la pena aumentaría en proporción; así el pesar que se siente en la pérdida de un objeto, crece en razón de su valor. Ahora bien, ¿qué es lo que ha perdido el conde-

nado? Un bien *infinito*, que es Dios; la pena que le causa esta pérdida es pues en cierto modo *infinita*, dice Santo Tomás.

En este mundo, sólo las almas santas comprenden esta desgracia. En cuanto á los pecadores, para nada toman en cuenta esta privación; viven meses y años lejos de Dios, y no se inquietan por ello: y ¿por qué? porque viven en las tinieblas. En la hora de la muerte, reconocerán, sin embargo, la grandeza del bien que han perdido por su culpa; pero ¡ay! entonces será tarde, demasiado tarde!...

Práctica.

¡Cuán propia es esta consideración para hacerme estimar la hora santa, ya que por medio de este piadoso y saludable ejercicio, podré arrancar muchas almas al infierno! Si me cuesta hacerlo, me diré á mí mismo que es una hora de agonía bien dulce comparada con la agonía de Jesu-

cristo en el Huerto de los Olivos, y con la agonía eterna de los réprobos en el infiernó.

Afectos y súplicas.

¡Oh dulce, oh amable, oh amantísimo Corazón de Jesús! Vos habéis estado lleno de amargura y agonizante en el Huerto de los Olivos, sin ningún alivio y sin que nadie viera vuestra pena, ó al menos os consolara y tomara parte en ella. Vos habéis sufrido todo esto ¡oh Jesús mío! para satisfacer por la agonía eterna que yo debería sufrir en el infierno á causa de mis pecados. Vos habéis sufrido un cruel abandono á la privación de todo socorro para salvarme á mí, que he tenido la audacia de abandonar á Dios y volverle la espada para satisfacer mis perversas inclinaciones. Os doy gracias ¡oh Corazón de mi Señor, tan afligido y tan lleno de amor! os doy gracias y comparto con Vos vuestros dolores, sobre todo, viendo que sufrís tanto por amor á

los hombres, y que éstos permanecen insensibles. ¡Oh amor de Jesús!... ¡Oh ingratitud humana!... ¡Oh hombres! contemplad á este inocente Cordero, agonizante por vosotros, á fin de satisfacer á la justicia de Dios por las injurias que le habéis hecho; vedle orando e intercediendo por vos otros ante su Padre, vedle y amadle... ¡Oh! dulce Redentor mío, cuán pocos son los que piensan en vuestros dolores y en vuestro amor! ¡cuán pocos son los que os aman!... ¡Ay! yo mismo he tenido la desgracia de vivir durante largo tiempo sin pensar en Vos! ¡Habéis sufrido tanto para que os ame, y yo no os he correspondido! Jesús mío, perdonadme; quiero corregirme, quiero de aquí en adelante amaros. ¡Cuán desgraciado sería si aún resistiera á vuestra gracia y por eso me condenara! Todas las misericordias que me habéis hecho, y particularmente esta dulce invitación, por medio de la cual me convidáis en este momento á amaros,

serían en el infierno mi más cruel suplico. Amadísimo Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que siga correspondiendo á vuestro amor con la ingratitud; iluminadme y dadme fuerzas para vencer todo y cumplir vuestra santa voluntad. Oídme, os lo suplico, por los méritos de vuestra pasión.

¡Oh queridísima Madre María Santísima! socorredme; Vos me habéis ya obtenido tantas gracias del Corazón de Jesús; os las agradezco, pero, si no continuáis protegiéndome, seré infiel como lo he sido hasta hoy.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! no permitáis que sea yo tratado como lo he merecido por mis pecados.

Ejemplo.

Apacentando su rebaño un niño de ocho ó nueve años de edad, sobre un ribazo de San Lupo, en la diócesis de Poitiers, se entretenía en

recorrer los *Anales de la propagación de la fe*. Un día que leía la relación de los sufrimientos y de la muerte del venerable Carlos Cornay, exclamó: *Yo también quiero ir al Tong-King, yo también quiero ser mártir!* Algun tiempo después, conversando con su padre, le hizo de repente esta reflexión: «Padre mío ¿cuánto puede valer este prado?» — «No lo sé con exactitud, dijo el padre; ¿por qué me haces esta pregunta?» — «Ah! si tú pudieras dárme lo, yo lo vendería para hacer mis estudios.» El niño que hablaba así es un ilustre mártir del Tong-King, donde fué decapitado en 1861. Su nombre es Teófano Venard. Leyendo su correspondencia es imposible dejar de ver en él la más tierna devoción hacia los Corazones de Jesús y de María. Escribía del seminario de las misiones extranjeras á sus padres: «¡Qué importa la distancia que nos separa, puesto que estamos unidos en los Corazones de Jesús y de

María! ¡El cielo es el sitio donde nadie falta! » — « Dios, decía á su hermana, Dios nos ha dado un mismo corazón... Hemos nacido para estar unidos, y no formar sino una sola alma en el cielo, en los Corazones de Jesús y de María. Y ¿no ves que si la Providencia nos separa, es porque quiere unirnos otra vez? »

Á su hermano Eusebio le decía: « Deposita siempre el pensamiento de tu porvenir en el Corazón de Jesús, el Dios hecho hombre y que durante un tiempo fue joven; porque Jesucristo es el Dios niño, el Dios joven, el Dios hombre y el Dios de todas las edades; en el Corazón de Jesús, digo, y en el Corazón de María. » Habiéndole participado su hermana el deseo que tenía de consagrarse al servicio de Jesucristo bajo la bandera de la virginidad, aunque permaneciendo en el mundo, Teófano se regocijó inmensamente por tal determinación, « Ojalá tus deseos se cumplan, le escribía; celebro tus bo-

das; da tu corazón y tu vida, revisate con el traje nupcial, ponte un anillo en tu dedo y toma un nombre nuevo. Yo te saludo, virgen esposa de Jesucristo. ¡Ojalá llegue luego el día en que sepa que mi amadísima hermana forma parte del coro de las vírgenes, cuya Reina es María inmaculada! » Cuando su hermana se consagró al Señor, el misionero le envió este billete: « Te felicito; pero acuérdate que tu primer deber está en la familia y por la familia. Dulzura y humildad en los santos Corazones de Jesús y de María. » ¡Cuán tiernas son las palabras que escribía de Hong-Kong á su hermano! « Mi querido hermano, pongo mi corazón en el tuyo, pon tú tu corazón en el mío, y pongamos los dos nuestros corazones en los de Jesús y de María, y así seremos hermanos inseparables en la vida y en la muerte, aquí y en la eternidad. » Más tarde sufrió en la China una grave enfermedad en los pulmones; los remedios

no hacían efecto; mas hizo una novena al Corazón de Jesús y obtuvo su curación inmediatamente. No cesaba de repetir esta breve oración: *Jesús dulce y humilde de Corazón, tened piedad de nosotros.* Esto era en él un hábito. ¡Cuánta dulzura manifestaba también en la prisión! «Yo beso, decía, esta linda cadena de hierro, verdadero lazo de esclavitud de Jesús y de María, y que no cambiaría ni á peso de oro.» Habiéndole preguntado el mandarín si tenía rencor con el que lo había tomado: «ninguno, respondió Venard; la religión cristiana nos enseña á amar á los que nos odian.» — «Pisad la cruz, le dijo el mandarín, y no os matarán.» — «¡Cómo! replicó el mártir: he predicado la religión de la cruz y ¿queréis que la abjure? Lejos de mí tal apostasía.» — «Mi destierro vá á concluir, escribía á sus padres, y toco ya el suelo de mi verdadera patria, la tierra desaparece y el cielo se entreabre. No siento

la vida de este mundo; mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna. »

....

JUNIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los pecados del mundo.

Parece que el Corazón afligido de Jesús nos invita al piadoso ejercicio de la Hora Santa con estas palabras del profeta Jeremías: ;*Oh vosotros, que pasáis por el camino! miradme y ved si hay dolor semejante á mi dolor.* Para comprender toda la extensión é intensidad de esta aflicción, es necesario que meditemos, por una parte el amor que nos tiene el Corazón de Jesús, deseoso de salvarnos á cualquier precio, y por otra el horror que tiene por el pecado, causa de nuestra pérdida. ¿Sería mucho, alma fiel, consagrar una hora cada mes á esta saludable meditación?

Jesús lleva en su Corazón á todos los hombres, porque á todos los ama.

Pero, siendo todos ellos pecadores, no son para el Corazón amante de Jesús, sino *cruel espinas* que lo desgarran, según el pensamiento de San Agustín. Es verdad pues que hemos sido los verdugos de este amable Corazón, y verdugos más crueles que los que despedazaron el cuerpo del Salvador. En efecto, buscad en el Huerto de los Olivos, y no hallaréis ni verdugos para flagelarle, ni espinas, ni clavos, y, sin embargo, corre la sangre divina: *Y tuvo*, dice san Lucas, *un sudor como de gotas de sangre, que corría hasta el suelo.*¹⁾ ¿Cuál puede ser la causa de este sudor? ¿Es la previsión de su suplicio la que lo pone en esas angustias? Nó, puesto que *El se ofreció espontáneamente a sufrirlo.*²⁾ ¡Ah! no búsquemos en esto otra causa que nuestros pecados. De la misma manera que en el lagar se hace salir el vino de la uva, así nuestros pecados hicieron salir la sangre de las

¹⁾ Luc. 22, 44. — ²⁾ Is. 53, 7.

sagradas venas de Jesucristo. ¿Cuántas veces no hemos contribuído á esta aflicción aumentando el peso de nuestras faltas? ¡Ah! pesemos aquí la malicia del pecado, á fin de maldecir para siempre lo que ha afligido tanto el Corazón de este buen Maestro.

El pecador aflige al Corazón de Jesús, porque *deshonra á Dios*,¹⁾ cuya gloria vino á restablecer el Salvador. ¿No renuncia, en efecto, á la gracia santificante y á la amistad divina por una indigna satisfacción? Si el hombre consintiera en perder la amistad de Dios por ganar un reino, y aún el mundo entero, por cierto que haría un grandísimo mal; porque la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos. Pero, ¿por qué ofende á Dios el pecador? Por un poco de tierra, por un movimiento de cólera, por un placer brutal, por un humo que desaparece, por un capricho. Cuando

¹⁾ Rom. 2, 23.

el pecador se pone á deliberar si consentirá ó no en el pecado, toma, por decirlo así, la balanza en la mano, para ver lo que pesa más, lo que es preferible, si la gracia de Dios, ó tal pasión, esta ilusión ó aquel placer; cuando después da su consentimiento, declara que esa pasión y ese placer valen más que la amistad de Dios. ¿No es esto deshonrar á Dios?

El pecador aflige también al Corazón de Jesús, porque se entrega al poder del demonio, cuyo imperio ha venido á derribar el Redentor. Cuando un alma consiente en el pecado, dice á Dios: *Señor, retiraos de mí.*¹⁾ Ella no lo dice con la boca, pero lo dice de hecho, porque sabe que Dios no puede permanecer donde está el pecado; pecando, ella misma destierra á Dios de su corazón; y desterrándolo, hace inmediatamente entrar y tomar posesión de él al demonio. Por la misma puerta

¹⁾ Job 21, 14.

donde sale Dios, entra el enemigo y se establece como amo en el lugar de Dios. Cuando se bautiza un niño, el Corazón de Jesús se regocija, porque el sacerdote intimá al demonio la orden de salir de esa alma y de ceder el lugar al Espíritu Santo; pero, cuando el hombre consiente en el pecado, el Corazón divino se aflige, porque el pecador hace salir á su Dios de su alma y ceder el lugar al demonio. ¿No es esto levantar el imperio de Satanás, destruído por la Redención?

Por fin, lo que aflige al Corazón de Jesús es que lo obligue el pecador á pronunciar sobre su cabeza la fatal sentencia de condenación: *¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno!*¹⁾ ¡Desgraciado del que rechaza las gracias que Jesucristo le ha adquirido por medio de tantos trabajos y dolores! ¡Ah! será su mayor tormento en el infierno el pensamiento de que un Dios, por atraer-

¹⁾ Matth. 25, 41.

lo á su amor, ha dado su vida sobre la cruz, y que él por su propia voluntad ha querido perderse, entregándose para siempre á una ruina completa y por toda una eternidad!..

Práctica.

Ofreceré á menudo al Padre eterno las aflicciones del Corazón de Jesús, en reparación de mis pecados y de todos los del mundo.

Afectos y súplicas.

No fue, Jesús mío, no fue la contemplación de los azotes, de las espinas y de la cruz, lo que os occasionó tan grande aflicción en el Huerto de Gethsemani; fue la vista de mis pecados lo que abrumó vuestro corazón de tanto dolor y tristeza, que os hizo sudar sangre y os redujo á la agonía. Hé aquí pues cómo he correspondido al amor que me habéis manifestado muriendo por mí. ¡Ah! dadme una parte de ese dolor que sentisteis por mis faltas en el Huerto de los Olivos,

para que me mantenga en la contrición todo el resto de mi vida. ¡Oh dulce Redentor mío! ¡que no pueda yo ahora con mi arrepentimiento y mi amor, consoláros tanto como os afigí entonces! Me arrepiento de todo mi corazón ¡oh Amor mío! de haber preferido miserables satisfacciones á Vos, que todo lo merecéis: me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. A pesar de mis ofensas, oigo que me pedís mi amor: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma.*¹⁾ Si, Dios mío, os amo con todo mi corazón, os amo con toda mi alma; dadme Vos mismo todo el amor que me pedís. Si en otro tiempo me he buscado á mí mismo, ahora quiero buscaros á Vos solo; reconociendo que Vos me habéis amado más que nadie, más que á nadie quiero amaros yo también.

Atraedme siempre, Jesús mío, atraedme más y más á vuestro amor por el olor de vuestros perfumes, es

¹⁾ Matth. 22, 37.

decir, por los dulces atractivos de vuestra gracia. Dadme, en una palabra, fuerza para corresponder á la ternura que todo un Dios ha tenido con un ingrato é infiel gusano de la tierra.

¡Oh María, Madre de misericordia! interceded por mí.

ORACIÓN JACULATORIA. — Padre eterno, perdonadme por los méritos del Corazón de Jesús.

Ejemplo.

Santa Rosa de Lima tuvo la felicidad de llegar á ser esposa del Corazón de Jesús.

Estando un día rodeada de algunas de sus compañeras, una mariposa descendió sobre ella, revoloteó algún tiempo á su izquierda y concluyó por posarse sobre su corazón. Despues de permanecer ahí algunos instantes en una actividad continua, voló, dejando sobre la ropa de la joven virgen un corazón perfectamente dibujado. Todas las personas ahí presentes notaron con sorpresa esta mis-

teriosa pintura, pero sin comprender su significado. Rosa tampoco lo comprendió; solamente oyó una voz que le decía: *Rosa, dame tu corazón.* Un día se le apareció Jesucristo con su divina Madre, y le dijo esta palabra, la más dulce y más amable que puede un Dios dirigir á su criatura: *Rosa de mi Corazón, se tú siempre mi esposa.* Para no perder el recuerdo de un beneficio tan grande, formó el propósito de adquirir un anillo nupcial: lo comunicó á su hermano, pero sin hablarle de lo que le había sucedido; este buen hermano, queriendo cumplir al punto su deseo, tomó la medida de su dedo y dibujó el anillo sobre el papel, adornándolo con un medallón que representaba á Jesucristo. No faltaba más que convenir en la divisa que debía rodearlo. Rosa con su mirada consultó á su hermano; éste no hizo esperar su decisión; volvió á tomar la pluma y trazó estas palabras: *Rosa de mi Corazón, se tú siempre mi esposa.* Grande fue la

admiración de esta santa niña, viendo que su hermano expresaba, sin conocerla, la maravilla que acababa de sucederle, y con las mismas palabras de Jesucristo. En realidad fue su esposa fiel, porque aún en el mundo amaba á Jesús Niño, lo amaba en sus sufrimientos y lo amaba en la Eucaristía, más aún de lo que puede imaginarse.

Á la edad de catorce años comulgaba ya tres veces por semana. Se preparaba á cada comunión como si hubiera de ser la última de su vida. «No hay en este mundo, decía, ni placer ni alegría que pueda dar una idea de la felicidad que experimento en este delicioso festín, donde mi alma ávida se alimenta de la carne de Dios.» Para satisfacer su devoción hacia el Santísimo Sacramento, asistía diariamente á cuantas misas podía. En los días en que estaba expuesta la Santa Hostia, permanecía en adoración desde la mañana hasta la tarde. Inclinaba la cabeza cuando en

la conversación se nombraba el Santísimo Sacramento; y uno de sus más dulces placeres era oír á los predicadores exaltar este inefable misterio. No contenta con adornar los tabernáculos con flores naturales que cultivaba en su jardín, las hacía artificiales de una belleza notable y consagraba á esta ocupación una parte de la noche, reservándose el día para trabajar para su familia, que no tenía gran fortuna.

La feliz esposa del Corazón de Jesús dejó la tierra para recibir la corona de las vírgenes el año de 1617.

.....

JULIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los escándalos del mundo.

Una de las principales fuentes de la aflicción del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemani, fue la previsión de los escándalos que no cesarían de arrancarle almas hasta

el fin del mundo. Lo comprenderéis sin trabajo, amado lector, si consideráis cuán querida le es el alma, creada á su imagen y semejanza. .

Las otras criaturas, las ha creado por un *fiat*, un signo de su voluntad; pero el alma es *como emanada de su soplo divino*.¹⁾ Á esta alma *la ha aviado desde la eternidad*,²⁾ y la ha destinado á reinar en el cielo y á participar de su gloria divina. Yo mismo, dice Dios al alma pidiéndole su amor, *yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande*.³⁾

Pero nada prueba mejor cuánto estima el Corazón de Jesús á un alma, que lo que ha hecho por rescatarla, por sacarla del abismo de perdición en que la había precipitado el pecado. Las cosas, en efecto, son estimadas por el precio que un hombre sabio quiere darles. Si Jesucristo ha vertido su sangre por las almas, debemos decir que las almas valen la sangre de todo un Dios. Lo que más

¹⁾ Gen. 2, 7. — ²⁾ Jer. 31, 3. — ³⁾ Gen. 15, 1

la conversación se nombraba el Santísimo Sacramento; y uno de sus más dulces placeres era oír á los predicadores exaltar este inefable misterio. No contenta con adornar los tabernáculos con flores naturales que cultivaba en su jardín, las hacía artificiales de una belleza notable y consagraba á esta ocupación una parte de la noche, reservándose el día para trabajar para su familia, que no tenía gran fortuna.

La feliz esposa del Corazón de Jesús dejó la tierra para recibir la corona de las vírgenes el año de 1617.

.....

JULIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los escándalos del mundo.

Una de las principales fuentes de la aflicción del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemani, fue la previsión de los escándalos que no cesarían de arrancarle almas hasta

el fin del mundo. Lo comprenderéis sin trabajo, amado lector, si consideráis cuán querida le es el alma, creada á su imagen y semejanza.

Las otras criaturas, las ha creado por un *fiat*, un signo de su voluntad; pero el alma es *como emanada de su soplo divino*.¹⁾ Á esta alma *la ha amado desde la eternidad*,²⁾ y la ha destinado á reinar en el cielo y á participar de su gloria divina. Yo mismo, dice Dios al alma pidiéndole su amor, *yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande*.³⁾

Pero nada prueba mejor cuánto estima el Corazón de Jesús á un alma, que lo que ha hecho por rescatarla, por sacarla del abismo de perdición en que la había precipitado el pecado. Las cosas, en efecto, son estimadas por el precio que un hombre sabio quiere darles. Si Jesucristo ha vertido su sangre por las almas, debemos decir que las almas valen la sangre de todo un Dios. Lo que más

¹⁾ Gen. 2, 7. — ²⁾ Jer. 31, 3. — ³⁾ Gen. 15, 1

conmovía á San Pablo y lo abrasaba de amor, era el pensamiento de que Jesús había querido morir, no solamente por todos los hombres en general, sino también por él en particular. *Él me ha amado*, decía enajenado, *Él me ha amado y se ha entregado Él mismo por mí.*¹⁾ Esta palabra puede repetirla cada uno de nosotros, porque San Juan Crisóstomo asegura que Dios *ama tanto á cada hombre en particular, como al mundo entero*. Así, la obligación de cada uno de nosotros para con Jesucristo, por haber sufrido por todos, no es menor que la que tendríamos si ese sufrimiento hubiera sido por uno solo.

Y ¿quién podrá jamás, pregunta San Lorenzo Justiniano, *explicar el amor que tiene á cada uno de nosotros el Corazón de Jesús?* Este amor excede al de un hijo por su madre, y al de una madre por su hijo, llegando á tal punto, que, según una revelación hecha á Santa Brígida, *el Señor*

¹⁾ Gal 2, 20.

estaría pronto á morir tantas veces cuantas almas hay condenadas, si todavía fuera posible redimirlas. Hé ahí cómo ama Jesús á las almas. Juzgad por esto cuán profunda sería la aflicción que sintió en el Huerto de los Olivos, previendo el daño que los hombres escandalosos no cesarían de hacer hasta el fin del mundo, á tantas almas por las cuales iba Él á sacrificar su vida. San León no temía llamar *homicida* al que da escándalo, y es un homicida más cruel y más impío que cualquiera otro, puesto que arranca, no la vida del cuerpo, sino la del alma, que es infinitamente más preciosa que aquélla; por lo cual hace perder al Salvador todas las lágrimas, todos los sufrimientos y todos los trabajos que ha experimentado por rescatarla San Pablo dice también que el que con su mal ejemplo hace caer á sus *hermanos en el pecado, peca él también contra Jesucristo.*¹⁾ ¡Ay! exclamaba

¹⁾ I. Cor. 8, 12.

gimiendo San Ambrosio, *el que ocasiona la pérdida de un alma quita al Señor el fruto de treinta y tres años de penas y de fatigas.*

Hé aquí lo que ha hecho tan amarga la agonía de Jesús en el Huerto; hé aquí lo que le arrancó del Corazón esta dolorosa queja: *¿Qué provecho hay para Mí al derramar mi sangre.* puesto que los hombres, por sus escándalos, harán inútil mi pasión para ellos mismos y para los otros? En una palabra: lo que los verdugos hicieron sufrir al cuerpo sagrado del Salvador, crucificándolo, los escandalosos lo hacen sufrir al Sagrado Corazón, arrancándole almas que le eran más preciosas que su misma vida. Sí, dice San Bernardo, *el Señor sufre una persecución más cruel de parte de los escandalosos, que de parte de los que lo han crucificado.*

¡Ah! guardémonos de aumentar el número de esos asesinos de almas, de esos perseguidores impíos del Corazón de Jesús. Evitemos con cuidado

no sólo las malas acciones sino también, como lo quiere y dice San Pablo, *apartaos aún de toda apariencia de mal.*¹⁾ Desarrollando la misma doctrina, nos enseña el Apóstol en otro pasaje, que debemos algunas veces abstenernos de ciertas cosas permitidas, *por temor de que esto sirva de tropiezo á los flacos.*²⁾ Debemos guardarnos, igualmente, con mucho cuidado, de repetir ciertas máximas del mundo, tales como éstas: *No hay más que dejarse llevar; es necesario gozar de la vida presente; feliz el que tiene riquezas, etc...* ¿Qué escándalo cometería aquel que alabara al que hace el mal; por ejemplo, un hombre que se venga, uno que conserva una amistad peligrosa, que se dedica á lecturas frívolas y poco cristianas? Por fin, si en otro tiempo hemos tenido la desgracia de dar algún escándalo, debemos saber que hay obligación grave de reparar con buenos ejemplos el mal que hemos

1) I Thes. 5, 22. — 2) I Cor. 8, 9

hecho: ésa es una satisfacción que exige el desolado Corazón de Jesús.

Práctica.

Quiero, durante la Hora Santa, llorar con Jesucristo los escándalos que causan la ruina de tantas almas y buscar en mí mismo medios eficaces para remediarlos según la medida de mis fuerzas.

Afectos y súplicas.

¡Ah Jesús mío! yo mismo soy uno de esos desgraciados cuyos malos ejemplos han llenado de amargura vuestro Sagrado Corazón. Decidme, ¿cómo habéis podido sufrir tanto por mí, previendo ya las injurias que yo debía de haceros? Pero, ya que me habéis soportado hasta aquí, no cesando de querer mi salvación, dadme ahora un gran dolor de mis pecados, un dolor igual á mi ingratitud. Señor, detesto con toda mi alma los disgustos que os he occasionado; si en lo pasado he despre-

ciado vuestra gracia, la estimo aho-
ra más que todos los reinos de la
tierra. Os amo con todo mi corazón
¡oh Dios digno de un amor infinito!
y sólo deseo vivir para amaros; dad-
me más amor, recordadme siempre
el que Vos me habéis tenido, para
que mi corazón arda sin cesar por
Vos, como el vuestro arde por mí.
¡Oh Corazón ardiente de María!
abrasad de un santo amor mi po-
bre corazón.

ORACIÓN JACULATORIA. — Corazón de
Jesús, encendido de amor á las almas,
dadme la gracia de reparar el mal
que he hecho.

Ejemplo.

«Para la reparación he nacido, y
muero por ella.» Estas palabras
son de la hermana María de San
Pedro, y nos revelan su vida y su
misión.

Su infancia fue angelical. El día
de su primera comunión hizo á Je-

sucristo entrega eterna de su corazón y de todo su sér. Pocos años después el divino Maestro le dijo: « Te quiero en el Carmelo de Tours. » Su morada espiritual era el Sagrado Corazón de Jesús, sacando de este horno ardiente extraordinarias luces para ella y para otros Jesús le comunicó siempre los más íntimos secretos de su adorable Corazón. Desde el año 1843 Dios la concedió favores especialísimos y le anunció que su justicia estaba irritada á causa de los pecados de los hombres. Impulsada por la gracia, se ofreció á Dios para apaciguar su cólera; entonces Él le inspiró, como un poderoso medio de desenojarlo, la fundación de una asociación reparadora. Ella vió en el Sagrado Corazón de Jesús el deseo de ejercer su misericordia, poniendo sólo por condición la reparación de los ultrajes hechos á su divino Padre. Recibió vivas iuces acerca de la Faz adorable de Nuestro Señor, que debía ser el objeto

sensible de la reparación, como es el Corazón de Jesús el objeto material de su amor á los hombres. «Os daré mi Faz, le había dicho Jesús, y cuando la presentéis á mi Padre, una boca se abrirá para defender vuestra causa.» En seguida le hizo esta promesa: *Porque habéis honrado mi rostro cubierto de llagas por los pecadores, renovaré en vos, á la hora de vuestra muerte, la imagen de Dios, y todos los que contemplaren sobre la tierra las llagas de mi rostro, la verán un dia radiante de gloria en el cielo.*

Un día, después de misa, corrió á arrojarse á los pies de su superiora, y le dijo: «Acaba de darme orden Nuestro Señor de decir y de hacer decir, lo más á menudo que pueda, la siguiente invocación, relativa al gran crimen de la blasfemia: *Para siempre sea alabado, bendecido, amado, adorado y glorificado el santisimo, el sacratissimo, el adorabilissimo, desconocido e indecible Nombre de*

Dios, en el cielo, sobre la tierra, en los infiernos, por todas las criaturas salidas de las manos de Dios, y por el Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar. » Poco después la señorita Dubouchet tomó el nombre de madre María Teresa, y fundó en París la *Obra Reparadora*, con adoración de dia y de noche del Santísimo Sacramento. La cuna de la nueva institución fue la capilla de las Carmelitas, calle de San Jacobo. En esta misma época algunos cristianos, animados de una fe viva, testigos de lo que se practicaba en la capilla de las Carmelitas, concibieron el pensamiento de reunirse, por su parte, para rendir homenaje á Nuestro Señor, durante la noche, en el sacramento de su amor. Así la obra reparadora engendró la *adoración nocturna*.

AGOSTO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de la ingratitud del mundo.

Un día se vio á San Francisco de Asís que atravesaba los caminos y los bosques llorando y suspirando, y parecía inconsolable. Se le preguntó cuál era la causa de esa profunda aflicción y respondió: *¡Ah! cómo queréis que no llore, cuando veo que el Amor no es amado! ¡Veo que un Dios ama al hombre casi hasta la locura, y el hombre se muestra tan ingrato con ese Dios!...* Si esta ingratitud afligía tanto el corazón de San Francisco, figurémonos cuánto más debió de afligir al Corazón de Jesucristo en el Huerto de Gethsemani. Él había venido del cielo para encender sobre la tierra el fuego del amor divino, y veía que el hombre correspondía tan mal á tantas pruebas de amor: y esta sola consideración era capaz de hacerlo morir mil veces de dolor.

Cuando hacemos algún servicio á alguno de nuestros semejantes y él nos corresponde con la ingratitud, sentimos una pena más insoportable que cualquier sufrimiento corporal. ¡Qué dolor no ha debido pues sentir el Corazón tan tierno y tan amante de Jesús, viendo que en reconocimiento de sus beneficios y de su amor sólo recogería de nuestra parte ofensas é injurias, como lo había predicho David en estos términos: *Volvieronme mal por bien, y pagaronme con odio el amor que yo les tenía.*¹⁾ Esta profecía se cumplió en la pasión de nuestro Salvador. Pero aún hoy ¿no parece que se quejara de encontrarse *como un extraño entre los suyos,*²⁾ porque ve un gran número que viven sin amarle, como si jamás les hubiera hecho algún bien, como si nada hubiera sufrido por su amor? Pues bien: hasta los mismos animales, cuando les hacemos el menor bien, nos muestran su reconoci-

¹⁾ Ps. 108, 5. — ²⁾ Ps. 68, 9

miento: vienen á nosotros, nos obedecen á su manera, y como pueden nos manifiestan su alegría cuando nos ven; ¡y nosotros somos tan ingratos para con Jesucristo! Decidme, ¿podía Él hacer más para merecer nuestro amor? Si hubiera tenido el Hijo de Dios que salvar de la muerte á su mismo Padre, ¿qué más habría podido hacer que humillarse hasta revestirse de carne humana y sacrificar su vida para rescatarle? Digamos más: si Jesucristo no hubiera sido más que un puro hombre, y no una persona divina, y hubiera querido, por una prueba de afecto, obtener el amor de Dios, ¿habría podido hacer más de lo que ha hecho por nosotros? Y si uno de nuestros servidores hubiera dado su sangre y su vida por amor nuestro, ¿no habría cautivado nuestro corazón? ¿No nos habría obligado á amarle, al menos por reconocimiento? ¿Por qué entonces Jesucristo, que ha dado hasta su vida por nosotros, no

ha podido aún conquistar nuestro amor?

¡Ah! lo que afligió tanto el Corazón de nuestro Redentor en el Huerto de los Olivos, no fue tanto la previsión de su pasión, cuanto la ingratitud con que debían los hombres corresponder á su amor. Esta ingratitud fue la que lo hizo sudar sangre y lo redujo á la agonía y lo llenó de tan gran tristeza, que ella sola bastaba, como lo declaró Él después, para hacerlo morir: *Mi alma está triste hasta la muerte*. Esta misma ingratitud lo había ya hecho llorar en el pesebre de Belén; ella también lo hizo morir en una desolación suprema y sin ningún consuelo sobre la cruz; y por último, ella misma lo hizo desechar en estos últimos tiempos que se rindiera un culto especial de reparación y de amor á su Sagrado Corazón: *Hé aquí*, decía á la bienaventurada Margarita María, *hé aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres y que no*

recibe de la mayor parte sino ingratitudes.

¡Amenmos pues á Nuestro Señor Jesucristo!... Pero, ¿cuáles son los medios de hacer nacer y aumentar en nosotros este amor? Desde luego debemos evitar toda falta, grave ó ligera; el Señor ha dicho: *Cualquiera que me ame, observará mi doctrina.*¹⁾ El primer signo del amor es el cuidado de hacer desaparecer todo lo que puede ofender al que se ama. ¿Cómo puede decir que ama á Dios de todo corazón el que no teme desagradarle, aunque sea ligeramente? *Libreme Dios*, decía Santa Teresa, *del menor pecado cometido con reflexión.*

En seguida es menester, para llegar á amar á Dios de todo su corazón, tener un gran deseo de amarle. Los deseos piadosos son alas que nos transportan al Corazón de Jesús. Por fin, es necesario tomar la resolución de llegar al perfecto amor de

¹⁾ Juan 14, 23.

Dios. Muchas almas desean entregarse á Dios, pero no pueden resolverse á buscar los medios necesarios para conseguirlo, y por eso no avanzan jamás ni un paso. Si queremos amar á Dios, pongamos luego manos á la obra: *Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo,*¹⁾ es decir, desprendámonos de las criaturas, amemos á Dios sin reserva y vamos á las fuentes de amor, que son la meditación, la comunión y la oración.

¡Ah! ¡cuánto consuela al Corazón de Jesus, y cuán tiernamente es amada el alma que se entrega enteramente á Él; que sólo procura en todo agradarle y que mil veces preferiría morir antes que ofenderle! Pidamos continuamente al Corazón de Jesús la gracia de amarle; pidámoslo también al Corazón de María; esta divina Madre es la dispensadora de todas las gracias, y la que dispensa con más agrado es la gracia del dón del amor divino.

¹⁾ *Eccli.* 9, 10.

Práctica.

Contemplaré siempre, sobre todo cuando haga la Hora Santa, á Jesucristo llorando nuestras ingratitudes; las lloraré con Él y le prometeré para lo sucesivo un amor fiel y reconocido.

Afectos y súplicas.

¡Ah Señor! cuando llorabais por la ingratitud de los hombres, llorabais también por la mía y por la pérdida de mi alma. Amable Redentor mío, Vos lloráis por el mal que yo mismo me he hecho, desterrándos de mi corazón y forzándos á condenarme al infierno, después que habéis muerto por salvarme. ¡Ah! dejadme llorar; yo solo debo llorar, yo que os he hecho la injuria de volveros la espalda y de separarme de Vos, después que me habéis amado tanto. Padre eterno, por las lágrimas que vuestro divino Hijo derramó entonces por mí, dadme un

vivo dolor de mis pecados. Y Vos ¡oh tierno y afectuoso Corazón de mi Jesús! tened piedad de mí; detesto con toda mi alma los disgustos que os he ocasionado y tomo la resolución de amaros solamente á Vos.

Ejemplo.

Los sufrimientos nos proporcionan un alto grado de gloria; hé ahí por qué son la herencia de las almas más queridas de Dios. Santa Liduvina nos suministra á este respecto un brillante ejemplo.

Desde la edad de doce años se privó de toda salida de su casa sin sus padres y toda conversación con los jóvenes, de temor que el fuego del deleite se encendiera en su seno y alterara la blancura de su inocencia virginal. Dotada de las más bellas prendas del cuerpo, del espíritu y del corazón, siendo muy joven, fue pedida en matrimonio por personas de las más nobles familias. Como un día su padre la apremiara

á este respecto, ella le dijo: «Estimo demasiado mi virginidad para sacrificarla á un esposo mortal: al Rey de los reyes quiero unirme.» La madre, participando de la opinión de su hija, dijo á su esposo: «Puesto que es nuestra hija única, dejemosla para el Dios único.» Animada con esta palabra de su madre, Líduvina replicó: «Si se quiere obligarme al matrimonio, obtendré de Jesús alguna deformidad tan repelente, que ningún hombre me quiera.» Muy luego, en efecto, á consecuencia de una caída, se hizo una llaga que ningún remedio pudo curar. La gangrena se desarrolló y la putrefacción hizo nacer gusanos, que en poco tiempo le devoraron las entrañas. Cada uno de sus miembros tenía un tormento particular. Sufrió este martirio abandonada de todo el mundo, durante treinta y ocho años. Sólo Jesucristo fue su consuelo. Decía tiernamente á su santo ángel: «¡Oh hermano mío,

decid á mi Esposo que desfallezco de amor! ¡Oh! si pudiera atraer á mí á este amadísimo, lo haría pasar al fondo de mi corazón, ó más bien entraría en el suyo, y me sumergiría enteramente en él.» Noche y día, en sus dolores, no hacía sino bendecir la voluntad de Dios con la paciencia de Job. Un día se le apareció Jesús con la cabeza coronada de espinas, las manos y los pies traspasados y el corazón abierto. Se mostró también á ella bajo la forma de una hostia, en medio de la cual se veía un niño crucificado cuyas heridas de las manos, de los pies y del corazón parecían brotar sangre, prodigo del cual la familia de la Santa fue testigo. Muchas veces, para consolarla, Jesús estrechó á su esposa sobre su divino Corazón y le dió á besar sus sagradas llagas. Convirtió una multitud de pecadores, hablando de las misericordias del Corazón de Jesús. Una vez, entre otros, vino un príncipe desde un país

lejano, para consultarla sobre cierta dificultad de conciencia. Notando la Santa que no se atrevía él á declararla, se la descubrió ella misma y no omitió medio alguno para hacer nacer en su alma un saludable arrepentimiento. Oyéndola el príncipe, prorrumpió en llanto. «Lloráis, le dijo ella, por las menores ofensas que habéis hecho á Dios; y sin embargo tenéis otras mucho más graves que llorar;» y á este respecto le descubrió sus más grandes pecados, le sugirió los medios de descargarse de ellos y concluyó por decirle: «Continuad, príncipe, en el camino en que acabáis de entrar, confesaos con sinceridad y vivid en adelante en la penitencia. Por este medio conoceréis el Corazón del divino Maestro.»

Á la noche siguiente de la muerte de Santa Liduvina dos almas santas tuvieron la misma visión: vieron al divino Salvador recibiendo á su esposa en medio de conciertos celes-

tiales y estrechándola con amor sobre su divino Corazón. Así es como la tristeza se cambia en alegría y el dolor en gloria. ¡Oh! ¡qué hermoso es sufrir cuando se ama! exclamaba San Alfonso. (*Vida*, por el P. Bruchman.)

SETIEMBRE.

El Corazón de Jesús afligido á causa de la tibieza de las almas justas.

Sería un error el pensar que todas las almas en estado de gracia son un motivo de consuelo para el Corazón afligido de Jesús. ¡Ah! no es así. Hay almas que, aunque favorecidas de Dios, viven en la tibieza, y son por eso espinas que desgarran al divino Corazón. Jesús las ama, no con ese amor general que como Creador tiene á todo lo que existe, sino con un amor especial; ellas son, por su parte, el objeto de una verdadera *amistad*. Pues bien: esta mis-

ma amistad es la medida de la pena que Él siente por el estado de ellas. Prevé, en efecto, que por consecuencia de esa tibieza, caerán insensiblemente en el pecado mortal, que harán entonces pocos esfuerzos para salir de él, y por consiguiente se perderán.

Es tibia un alma cuando comete con frecuencia el pecado venial á sabiendas y no busca los medios de corregirse de él. ¡Oh! ¡qué peligro corre un alma á quien Dios ha prevenido con sus gracias y que sin embargo deliberadamente comete muchas faltas ligeras y sin inquietarse por nada, diciendo: *¡Basta con que me salve!* Todos estos pequeños arroyos formarán un río que la arrastrará desgraciadamente al abismo. El Señor reprochaba al obispo de Laodicea que no era *ni ardiente ni frío.*¹⁾ Tal es el estado de un alma tibia: ella no se atreve á volver enteramente la espalda á Dios; sin

1) *Apoc. 3, 15.*

embargo, no se inquieta por las ofensas ligeras que le hace y que multiplica diariamente, como impacencias, mentiras, murmuraciones, gula, imprecaciones, aversiones concentradas en el corazón y apego á las criaturas, de las cuales no se toma el trabajo de corregirse. *Ojalá fueras frío ó ardiente; pero, por cuanto eres tibio, y no frío ni ardiente, estoy para vomitarte de mi boca.* Es decir, mejor sería que estuvieseis enteramente privado de la gracia, porque así tendríais más esperanza de enmienda: pero, permaneciendo en vuestra tibieza, estáis más expuesto á condenaros, porque de ese estado caeréis fácilmente en pecado mortal, con poca esperanza de levantaros. Fijaos bien en estas palabras: *Porque sois tibio, estoy pronto á vomitaros.* ¡Ah! ¡cuánto debe oprimir al Corazón de Jesús un alma semejante! Se pasa fácilmente una bebida cuando es fría ó caliente; pero no cuando es tibia, porque produce náuseas. Por

esto un alma tibia está expuesta á ser vomitada del Corazón de Dios, á ser abandonada y privada de su gracia; esto está bien expliado por el vómito, porque ¿quién no tiene horror á lo que se ha vomitado?

El mayor signo de tibiaza: es el disgusto voluntario y habitual de la oración. Cuando un jardín es regado constantemente con una agua fecundizadora ;oh! ;cuán frescas y llenas de vida parecen siempre las flores y las plantas! Lo mismo es un alma que ama la oración: se la ve crecer sin cesar en buenos deseos y en frutos de virtud. ¿De dónde le vienen esos progresos? De la oración, que regándola continuamente con sus saludables y fecundas aguas, hace de ella un jardín de delicias. Pero suprimid esta feliz fuente; al punto las flores caen, las plantas se secan y todo desaparece: ¿por qué? porque la fuente de vida se ha secado. Veréis á tal persona, mientras ella ama la oración, es un modelo de modestia.

de humildad, de devoción y de mortificación; abandona la oración, y luego su falta de modestia se manifestará en sus miradas, su orgullo se descubrirá en la menor palabra que la hiera; dejará de frecuentar los sacramentos y de ir á menudo á misa; no pensará más en mortificarse; por el contrario, la veréis gustar de las vanidades y de las sociedades mundanas, de las diversiones y de los placeres del siglo; y ¿por qué? ¡Ah! porque el agua ya no la riega y la vida le falta; ha dejado la oración; el jardín se ha secado, y el mal empeora de día en día. *Desde que un alma abandona la oración*, dice San Juan Crisóstomo, *la miro no solamente como enferma sino como muerta.*

La hermana María Buenaventura, religiosa de Roma, llevaba esta vida de tibieza; sin embargo, tuvo la felicidad de salir de ella por medio de la meditación, la resolución y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Un día que asistía á los ejercicios espirituales dados por el Padre Lancisio, se sintió de tal modo tocada por la gracia, desde la primera meditación, que, anegada en llanto, fue á encerrarse en su cuarto, y allí, á los pies del crucifijo, escribió el acto siguiente: « Yo, María Buenaventura, en este día en que empiezan los ejercicios espirituales, me ofrezco toda á Vos ¡oh Dios mío! y prometo amaros á Vos solo, Jesús mío. Aceptad ¡oh mi dulce Redentor! este escrito bañado con mis lágrimas; os lo consagro como una prenda de mi amor, y lo deposito en la llaga de vuestro costado, sobre vuestro Corazón, para que, por los méritos de vuestra sangre, me perdonéis mis pecados y me confirméis de tal modo en vuestro amor, que no me pertenezca más, y que sea vuestra y toda vuestra. » Se santificó en poco tiempo, y aún se dice que después de su muerte hubo señales manifiestas de la gloria de que gozaba

Práctica.

Si estoy en estado de tibieza, quiero, para salir de él, meditar seriamente en las verdades eternas, tomar una resolución firme y decidida, y consagrarme al divino Corazón de Jesús. Si no tengo esta desgracia, rogaré por las almas tibias.

Afectos y súplicas.

¡Oh Dios mío! Vos me habéis prodigado vuestros beneficios, prefiriéndome á otros, y yo os he prodigado ofensas. ¡Oh Corazón doliente de mi Redentor, que en el Huerto de los Olivos estuvisteis tan afligido y tan atormentado á vista de mis pecados! concededme por vuestros méritos un verdadero conocimiento y un vivo dolor de mis faltas. ¡Ah Jesús mío! estoy lleno de vicios; pero Vos que sois todopoderoso, podéis llenarme de vuestro amor; pongo pues en vuestra bondad y misericordia infinitas toda mi confianza. ¡Oh bien

supremo! me arrepiento de haberos ofendido; ojalá hubiera muerto antes del desgraciado día en que cometí mi primer pecado. ¡Ah! desde hoy tomo la resolución de amaros con todo mi corazón y de no amar sino á Vos solo. ¡Oh bondad infinita! os adoro por todos los que no os adoran, os amo por todos los que no os aman. Creo en Vos, os amo y me ofrezco todo á Vos. Asistidme con vuestra gracia. Soy débil, lo sabéis; pero, si me habéis prodigado tantos favores cuando no os amaba, ¿qué no debo esperar de vuestra misericordia ahora que os amo y que deseo amaros siempre? Dulce Corazón de Jesús, dadme vuestro amor, pero un amor serviente, que me haga olvidar á todas las criaturas, un amor fuerte, que me haga vencer todas las dificultades para agradaros, un amor constante, que me úna á Vos con lazos indisolubles. ¡Oh María, Madre del amor hermoso, obtenedme la gracia de ser de Jesús sin reserva.

ORACIÓN JACULATORIA. — Hermosas llamas de amor que salís del Corazón de Jesús, consumid en mí todos los afectos desordenados.

Ejemplo.

La naturaleza de los Santos no es diferente de la nuestra. Nada lo prueba mejor que las faltas y las imperfecciones que ellos han tenido que deplorar. La bienaventurada María de los Ángeles, flor perfumada del Carmelo, nos lo prueba una vez más. Ella misma refiere que en su juventud se había entregado á la vanidad, á las diversiones, al baile, á los juegos y á las conversaciones. «Gustaba mucho, dice ella, de los adornos vanos y afectados; pasaba largas horas ante el espejo y me sucedía con frecuencia que me fastidiaba por no encontrarme tan hermosa como lo deseaba.» También nos dice, que su corazón experimentaba envidia cuando veía á las compañeras de su edad mejor vestidas

que ella; que las alabanzas le eran agradables y que experimentaba felicidad en ser buscada y amada. Un día, colocado delante de un espejo, se preparaba para adornar su cabellera; de repente se detiene sobrecogida de espanto. No fue su cabeza la que vio en el espejo, sino la cabeza triste, sangrienta, coronada de espinas, del Salvador. Desde ese momento la victoria de la gracia fue completa. Desde que se hizo carmelita, sólo quiso vivir para amar á Jesús. Pensamientos, palabras, acciones, todo era en ella inspirado por el amor divino. «Vengo del amor, decía, y voy al amor, y todo lo hago por amor.» Sus deseos de sufrir eran tan ardientes, que exclamaba: «¡Dadme sufrimientos, ó dadme la muerte! porque me es muy amarga la vida cuando no sufro.» Un día que tuvo que quedarse en su celda á causa de vivísimos dolores, considerándose muy miserable para que el Rey del cielo fuera á visitarla, María de los

Ángeles se había resignado á privarse de la comunión. Pues bien: en el momento mismo en que comulgaban sus hermanas, se le apareció Jesús todo radiante de luz, y le dijo que, puesto que ella se mantenía lejos de Él por respeto, Él venía á ella por amor, y que la quería toda suya como Él era todo de ella: en seguida la estrechó contra su divino Corazón y la embriagó de una alegría desconocida en la tierra. En su última enfermedad decía: «Mi vida ha sido abreviada con la satisfacción de la obediencia; he pedido con tanta insistencia esta gracia al Corazón de Jesús, que me le ha concedido: ¡tan bueno es!» Como le suplicara una de sus hermanas que no pidiera más sufrimientos en vista de que sufría tanto: «¡Sufrir! ¡sufrir! replicó la enferma; ¡oh hija mía! si conocieras el tesoro escondido que encierra el sufrimiento!» Se durmió en el ósculo del divino Esposo hacia fines de 1717, á la edad de cincuenta y siete años.

OCTUBRE.

El Corazón afligido de Jesús, asilo de las almas tentadas

À qué combates interiores no quiso someterse el Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos? Por una parte, una viva repugnancia por su pasión le hacía decir: *¡Alejese de Mí este amargo cáliz!* Por otra, una perfecta sumisión á la voluntad de su Padre, le hacía agregar al punto: *No obstante, Padre mío, hágase nuestra voluntad y no la mía!*¹⁾ En esta ocasión quiso Jesucristo manifestarnos que había realmente tomado sobre Sí las miserias de nuestra humanidad; pero al mismo tiempo nos ha merecido una fuerza que excede á nuestra debilidad; porque, *habiendo sido Él mismo tentado*, dice San Pablo, *puede socorrer á los que son tentados.*²⁾ Y ¿cómo es eso? Es que después de haber nuestro Salvador expe-

¹⁾ Matth. 26, 39. — ²⁾ Heb. 2, 18.

Ángeles se había resignado á privarse de la comunión. Pues bien: en el momento mismo en que comulgaban sus hermanas, se le apareció Jesús todo radiante de luz, y le dijo que, puesto que ella se mantenía lejos de Él por respeto, Él venía á ella por amor, y que la quería toda suya como Él era todo de ella: en seguida la estrechó contra su divino Corazón y la embriagó de una alegría desconocida en la tierra. En su última enfermedad decía: «Mi vida ha sido abreviada con la satisfacción de la obediencia; he pedido con tanta insistencia esta gracia al Corazón de Jesús, que me le ha concedido: ¡tan bueno es!» Como le suplicara una de sus hermanas que no pidiera más sufrimientos en vista de que sufría tanto: «¡Sufrir! ¡sufrir! replicó la enferma; ¡oh hija mía! si conocieras el tesoro escondido que encierra el sufrimiento!» Se durmió en el ósculo del divino Esposo hacia fines de 1717, á la edad de cincuenta y siete años.

OCTUBRE.

El Corazón afligido de Jesús, asilo de las almas tentadas

Al qué combates interiores no quiso someterse el Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos? Por una parte, una viva repugnancia por su pasión le hacía decir: *¡Alejese de Mí este amargo cáliz!* Por otra, una perfecta sumisión á la voluntad de su Padre, le hacía agregar al punto: *No obstante, Padre mío, hágase nuestra voluntad y no la mía!*¹⁾ En esta ocasión quiso Jesucristo manifestarnos que había realmente tomado sobre Sí las miserias de nuestra humanidad; pero al mismo tiempo nos ha merecido una fuerza que excede á nuestra debilidad; porque, *habiendo sido Él mismo tentado*, dice San Pablo, *puede socorrer á los que son tentados.*²⁾ Y ¿cómo es eso? Es que después de haber nuestro Salvador expe-

¹⁾ Matth. 26, 39. — ²⁾ Heb. 2, 18.

rimentado las tentaciones,¹⁾ está más inclinado á compadecernos en nuestros males y á ayudarnos cuando somos probados. Esta explicación nos es dada por el mismo Apóstol, en este otro pasaje: *Pues no es tal nuestro Pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, á excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser de hombre; y en consecuencia nos exhorta á recurrir con confianza al trono de la gracia, es decir, al Corazón de Jesús, para recibir los socorros de que tenemos necesidad.* Así pues consolémonos, porque hé aquí que hemos encon-

¹⁾ Hablando de Jesucristo, la palabra tentación no significa esa funesta inclinación al mal, á la cual estamos todos sujetos, como consecuencia de nuestra corrompida naturaleza, sino el temor, el disgusto, la tristeza, los dolores y todas las penas interiores y exteriores que quiso sufrir por nosotros durante su vida mortal. El Salvador pudo ser tentado exteriormente por el demonio, como le sucedió en el desierto, pero jamás interiormente

trado el verdadero puerto, el lugar de refugio en las tempestades de las tentaciones: el Corazón de Jesús

Dios permite que aún las almas santas sean probadas por las tentaciones, á fin de que conozcan mejor su debilidad y la necesidad que tienen del socorro divino para no sucumbir. Lo permite también para hacerlas más ricas en méritos, como se le dijo á Tobías: *Y por lo mismo que eras agradable á los ojos de Dios, fue necesario que la tentación ó aflicción te probase.*¹⁾ Lo permite, por fin, para desprenderlas más y más de la tierra y hacerlas desear más ardientemente el cielo para gozar de su presencia. Viéndose las almas buenas de este modo asaltadas día y noche por tantos enemigos, se fastidian de la vida presente, y gimiendo, exclaman con el Profeta: *;Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!*²⁾

No nos turbemos á la vista de estas tentaciones. Si el Corazón de

¹⁾ Tob. 12, 13. — ²⁾ Ps. 119, 5.

Jesús está con nosotros, ¿qué pueden todos los esfuerzos del infierno? ¡Ah! éste es un corazón fiel y no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas; por el contrario, nos hará sacar un gran provecho de la tentación. Tal es la enseñanza del Apóstol.¹⁾ El que resiste á la tentación no pierde nada y gana mucho. Que siga el consejo de San Agustín; es decir, que se arroje lleno de confianza en el Corazón de Jesús, y que no tema, porque este Corazón es tan bueno,²⁾ que no nos dejará sucumbir. ¿Cómo podremos temer que el Señor nos rehuse su socorro, después de tantas hermosas promesas que Él mismo nos ha hecho? Cuando os estrechen vuestros enemigos, dice, *Invócame, Yo te libraré, y tú me honrarás con tus alabanzas. Invocarás entonces al Señor y te oirá benigno; clamaráς, y Él te dirá: Aquí estoy.*³⁾ El Señor está muy

¹⁾ Cor. 10, 13. — ²⁾ Ps. 49, 15. — ³⁾ Is. 58, 9

*cerca de los que le invocan.*¹⁾ No nos olvidemos entonces de invocar los santísimos nombres de Jesús y de María, que tienen una virtud particular, sobre todo contra las tentaciones impuras. Desde que los niños divisan el lobo, decía San Francisco de Sales, corren á arrojarse en los brazos de su padre y de su madre, y se ponen así en salvo. Hagamos lo mismo, pongámonos en seguridad en los Corazones de Jesús y de María, invoquemos luego sus santos nombres, sin dar oído á la tentación y sin pensar siquiera en ella.

Si el Corazón agonizante de Jesús es nuestro asilo en las luchas de la vida, lo será sobre todo en la lucha decisiva de la muerte; en esa hora, más que nunca, serán temibles los ataques del infierno, el cual se esforzará tanto más en perdernos, cuanto que nos verá más próximos á nuestro fin. De San Eleazar, cuya vida había sido tan pura, refiere Rai-

¹⁾ Ps. 114, 18.

naldi que al acercarse su muerte los demonios le dirigieron horribles asaltos, y que dijo entonces: *Las tentaciones del infierno son en este momento muy grandes, pero Jesucristo les quita su fuerza con los méritos de su pasión.* Jesucristo mismo quiso ser turbado en la hora de la muerte; quiso sentir esta pena, para que si experimentáremos alguna confusión en nuestra muerte, no perdamos la confianza, recordando que nuestro Salvador mismo fue entonces perturbado. Si en ese momento supremo el demonio quiere pues asustarnos representándonos las faltas de nuestra juventud, le responderemos con San Bernardo: *Me faltan muchos méritos para ir al paraíso, lo sé; pero lo que me falta, lo tomo de mi tesoro, que es el Corazón de Jesús;* allí se encuentran para mí todos los méritos de Aquel que se dignó sufrir y morir precisamente para conquistarme la gloria eterna, de la cual soy indigno. Cuando San Francisco

de Sales pensaba en el Corazón de Jesús, exclamaba con el alma llena de una confianza sin límites: *Viviré y moriré sobre su pecho, del cual ya no me separaré ni en la vida ni en la muerte.*

Práctica.

En todas las penas, desalientos, tentaciones y oscuridades, pondré mi alma con un santo abandono en los Corazones de Jesús y de María, pronunciaré afectuosamente sus dulces nombres y me quedaré tranquilo. Formaré así un hábito de oración, que me será muy provechoso en la hora de la muerte.

Afectos y súplicas.

¡Oh Jesús mío! es poco un corazón para amaros, y si yo tuviera para amaros los corazones de todos los hombres, todavía sería poco: ¡qué ingratitud no sería pues dividir mi corazón entre Vos y las criaturas! Nó, Amor mío, nada de división; Vos

queréis y merecéis todo mi corazón; quiero dároslo todo entero. Si no sé dároslo como debo, tomadlo Vos mismo, á fin de que en verdad pueda llamaros *el Dios de mi corazón.*¹⁾ Os suplico, divino Redentor mío, por los méritos de la vida que quisisteis pasar por mí en las humillaciones y los sufrimientos, me concedáis la verdadera humildad; que me haga amar una vida oscura y despreciada. Haced que acepte con agrado las enfermedades, las afrentas, las persecuciones, las penas interiores y todas las cruces que me vengan de vuestra mano. Haced que os ame, y después disponed de mí como os agrade. ¡Oh Corazón amante de Jesús! abrasadme de amor á Vos, haciéndome conocer el inmenso bien que se encuentra en Vos. Haced que antes de morir sea todo vuestro. Os amo ¡oh Jesús mío, tan digno y tan ávido de mi amor! os amo con todo mi corazón, os amo con toda mi alma.

¹⁾ Salmo 72, 26.

ORACIÓN JACULATORIA.— Oh Corazón de Jesús! asistidme en mis últimos combates contra el infierno.

Ejemplo.

Si las almas santas han recibido del cielo favores extraordinarios, es necesario reconocer que los han comprado bien caro. La vida de Amada Debillot, en religión hermana San Martiniano, prueba este aserto. En 1852 entró en la casa de las hermanas de San Carlos, en Angers, con el fin de cuidar los enfermos en los hospitales. «Soy feliz, decía, pudiendo consagrarse mi vida al divino Jesús y dedicándome á obras tan agradables á su amable Corazón. Lo amo en sus miembros dolientes.» Entre tantos enfermos que cuidó, ni uno solo resistió á su celo. Su gran secreto para convertirlos era ofrecer á Dios en su favor sus oraciones, sus trabajos y sus sufrimientos. Durante nueve años consagró los días enteros á los más penosos ejercicios de ca-

ridad; muchas veces á la semana le era necesario asistir á las operaciones más graves, y esto, á pesar de la fuerte repugnancia que por ello sentía. Debiendo curar diariamente llagas horribles, se complacía en pedir para sí los desgraciados enfermos cuya infección se hacía más insopportable á todo el mundo. Viéndola siempre alegre, nadie habría podido sospechar las terribles violencias que le era necesario hacerse continuamente. Decía á su pobre naturaleza: «Sí; rebélate, haz lo que quieras, pero nada te concederé.» Sin embargo, Dios no olvidaba á su sierva. Algunas veces, en medio de sus penas, exclamaba: «Demasiado, Señor; sí, es demasiado, ya no puedo más: disminuid la abundancia de vuestros consuelos, ó agrandad mi corazón.» Un día le dijo Nuestro Señor: «Los esposos de la tierra ofrecen diamantes á la esposa que han escogido; tú sabes bien que yo te he escogido; pídemelo lo que quieras y te lo daré.» Ella le respondió que vién-

dolo con los azotes, la corona de espinas, la cruz, los clavos, la hiel, la lanza, los desprecios, las injurias, ella no quería otra cosa; que ésos eran los diamantes que ambicionaba, pero que quería también ver su corazón en el Corazón de su amable Esposo. Para recompensar á su sierva por tanta caridad, el Salvador le dijo: «Desde hace mucho tiempo tú me pides que mi Corazón esté en el tuyo y que el tuyo esté en el mío; para que sea así, es necesario que consientas en vivir de mi vida, la cual se pasó en las tristezas, los disgustos, los abandonos y los sufrimientos y el deseo de glorificar á mi Padre. ¿Quieres vivir así? ¿Quieres ser la compañera inseparable de mis sufrimientos? »

Cuando la cruz se presentaba, repetía: «Dios mío, todo lo que queráis, todo lo que queráis, nada más que lo que Vos queráis.» En su última enfermedad tenía siempre su crucifijo entre sus manos, besando con

amor las cinco llagas, sobre todo la del sagrado Corazón. « ¡Mi corazón en su Corazón! » exclamaba enajenada. « Tengo confianza, decía á la madre superiora; he puesto mi corazón en el Corazón de Jesús: Él lo cambiará, y yò seré cambiada en Él. » Su preciosa muerte acaeció en 1863.

NOVIEMBRE.

El Corazón afligido de Jesús consolado por el celo de las almas.

Feliz, mil veces feliz el alma compasiva que trata de consolar el Corazón de Jesús agonizando en el Huerto de los Olivos. Y ¿qué debe hacerse para consolarlo? La única causa de su aflicción es la perdida de las almas, que lo ultrajan en lugar de amarlo; por consiguiente, el único consuelo que pide, es que tratemos de ganarle almas. ¿No fue su perdida la que le arrancó tantas lágrimas? ¿no dió su sangre por resca-



Sacaréis agua con gozo de las fuentes
del Salvador.

tarlas? El que salva pues un alma, enjuga en cierto modo las lágrimas de Jesús é impide que su sangre se haya vertido inútilmente. «Pero, diréis, dejo ese cuidado á los sacerdotes.» ¡Ah! si sois capaz de emplear semejante lenguaje, será ésa una prueba de que no amáis á Nuestro Señor. *Si amáis verdaderamente á Dios,* dice San Agustín, *hareís cuanto esté á vuestro alcance para obtener que otros lo amen.* Un corazón que ama á Dios no podrá permanecer indiferente á la condenación de tantas almas creadas para alabarle eternamente. San Buenaventura nos dice, *que él habría aceptado tantas muertes como pecadores hay en el mundo,* si con eso hubiera podido salvarlos á todos. Encontrándose San Cayetano en Nápoles, durante la terrible revolución de 1547, y viendo que esos desórdenes causaban la pérdida eterna de tantas pobres almas, se sintió tan profundamente afectado, que murió de dolor. En cuanto á nosotros,

tratemos al menos de ser útiles á los pecadores con nuestras palabras, con nuestros ejemplos, con nuestras obras, y especialmente con nuestras oraciones y con nuestros sufrimientos.

¡Oh! ¡cuán agradables nos haríamos al Corazón de Jesús, si nos retiráramos de vez en cuando á un lugar solitario para llorar y orar con Jesús llorando y orando en el Huerto de los Olivos! Persuadámonos bien que todos los discípulos del Corazón de Jesús deben ser celosos por su honor, como Él lo quería de Santa Teresa: *En adelante*, le decía, *cuidaréis de mi honor como una verdadera esposa*. Si un discípulo de Jesús no cuida la gloria de Dios ¿quién velará por ella? El Señor ha prometido oír á quien lo ruegue. *En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá.*¹⁾ Ahora bien: muchos teólogos, apoyados en la doctrina de San Basilio, nos dicen que esta pro-

¹⁾ Ioan. 16, 23.

mesa es válida, no sólo para la persona que pide, sino también para todos aquellos en favor de quienes se pide, con tal que no pongan un obstáculo positivo al efecto de la oración. Siendo ello así, no dejemos jamás, sea comulgando, sea visitando el Santísimo Sacramento, sea haciendo el piadoso ejercicio de la *Hora Santa*, de encomendar á Dios á los pobres pecadores, á los infieles, á los herejes y á todos los que viven lejos de Dios. ¡Oh! ¡cuánto agrada al Corazón de Jesús que se le pida por los pecadores! A este propósito decía un día á la venerable Serafina de Capri: *Ayúdame, hija mía, con las oraciones á salvar las almas.* En otra ocasión que hablaba á Santa María Magdalena de Pazzi, le decía también: *¡Oh hija mía! mira cuántas almas están en manos del demonio; si mis elegidos no las libraran con sus oraciones, todas ellas vendrían á ser su presa.* De ahí provenien esas graves palabras de la Santa á sus reli-

giosas: *Hermanas mías, tendremos que dar cuenta á Dios de todas las almas que se pierden; si hubiéramos dirigido fervientes oraciones en su favor, talvez no se habrian condenado.* Léese también en la Vida de esta Santa que no dejaba pasar ninguna hora del día sin orar por los pecadores. Otra gran sierva de Dios, la hermana Estefanía de Soncino, hizo rudas penitencias durante cuarenta años, y todas las aplicaba por la salvación de los pecadores. ¡Cuántas almas deben su conversión, no tanto á los sermones de los predicadores, cuanto á las oraciones de las almas fervorosas! Á un misionero le fue revelado que el fruto que alcanzaba no era debido á su elocuencia, sino á las oraciones de un hermano que le servía. ¡Ah! oremos, oremos por las almas que se pierden, y oremos también por los sacerdotes que Dios llama á trabajar por la conversión de los pecadores.

¡Qué consuelo, qué motivo de confianza, sobre todo en el lecho de la

muerte, el pensar que hemos ganado almas para Jesucristo, con nuestras oraciones, ejemplos, conversaciones, sufrimientos ó de cualquiera otra manera! *Ganar almas para Dios es*, según San Gregorio, *el medio más fácil de espiar los propios pecados*; según San Agustín, *es asegurar la predestinación*. Si se merece una gran recompensa por librar un hombre de la muerte temporal, ¿qué no se merecerá por librar un alma de la muerte eterna, conquistándole una vida que jamás tendrá fin? ¡Ah! ¿cómo podría dejar el Corazón de Jesús de ser reconocido con el que haya preservado del infierno un alma rescatada al precio de tan grandes sacrificios?

Práctica.

Quiero salvar almas á toda costa, para eso no necesito dejar mi patria, ni mi familia, ni mi estado. Puedo ser apóstol de mi patria, mediante *la obra de San Francisco de Sales*; apóstol de las regiones de los in-

fieles, *por medio de la propagación de la fe y de la Santa Infancia*; apóstol de la ciudad ó del lugar en que resido, por mis buenos ejemplos; apóstol del mundo entero, por *el apostolado de la oración*, etc. etc. Pero sobre todo, debo ser apóstol de mi familia, proporcionando á mis hijos, si Dios me los ha dado, una educación esencialmente católica, alejando de ellos toda lectura sospechosa, ejerciendo la más activa vigilancia para alejar todo lo que pueda ser para ellos ocasión de pecado.

¿No es verdad que si realmente lo quiero, haré de mi casa un verdadero santuario dedicado al Sagrado Corazón? Para eso me bastará establecer en él el rezo diario del rosario y hacer en familia las oraciones de la noche, como también una corta lectura espiritual, etc. .

Afectos y súplicas.

¡Oh Corazón amabilísimo de mi divino Salvador, Corazón lleno de

amor á los hombres, Corazón único digno de reinar en todos los corazones! ¡cuánto diera yo por hacer conocer á todos los hombres el amor que les tenéis y los favores de que colmáis á las almas que os aman sin reserva! ¡Oh Corazón amantísimo, cuán desgraciado es el corazón que no os ama! Señor, Vos que habéis muerto por amor á los hombres, en la cruz, sin ningún alivio, ¿cómo, después de eso, esos mismos hombres pueden vivir sin pensar en Vos? ¡Oh amor de Dios!... ¡Oh ingratitud de los hombres!... ¡Oh Jesús mío! ¡cuán pocos os aman! Insensato soy, habiendo vivido tantos años sin pensar en Vos, acumulando faltas sobre faltas. Amadísimo Redentor mío, lo que me hace gemir, no es tanto el haber merecido vuestra cólera cuanto el haber despreciado vuestro amor. ¡Oh dolores de Jesús! ¡oh ignominias de Jesús! ¡oh llagas de Jesús! ¡oh muerte de Jesús! imprimíos en mí corazón; que vuestro dulce

recuerdo viva ahí sin cesar, que me hiera continuamente y me inflame de amor. Os amo, Jesús mío; os amo, mi soberano bien; os amo, mi amor, mi todo; os amo sin reserva, y quiero amaros siempre. ¡Ah! no permitáis que yo tenga la desgracia de dejaros y de perderos. Haced que sea todo vuestro, concededme esta gracia por los méritos de vuestra muerte: en ella pongo toda mi confianza. En Vos igualmente confío ¡oh María, augusta Reina mía! Haced que ame á Jesucristo, y sed también mi amor, vos, que sois mi Madre y mi esperanza.

ORACIÓN JACULATORIA. — Corazón de Jesús lleno de clemencia, haced que todos los pecadores se conviertan y os amen.

Ejemplo.

Santa Lutgarda, nacida en Tongres en 1182, ha sido una de las más ardientes adoradoras del Sagrado Corazón de Jesús. Su nobleza y sus

cualidades le merecieron ser solicitada en matrimonio por muchos señores del país. Un día que conversaba con uno de ellos, vio de repente á Nuestro Señor que le mostraba su Corazón y la herida sangrienta de su costado: «¡Oh Lutgarda! le dijo, contempla aquí lo que debes amar. Deja las criaturas y en mi Corazón encontrarás las inefables delicias del amor divino.» Habiendo vuelto el pretendiente, le dijo Lutgarda, á imitación de Santa Inés: «Todo ha concluido, estoy decidida á desposarme con otro: pertenezco á un esposo divino.» De edad de dieziocho años entró en el convento de las Benedictinas, cerca de la ciudad de Saint-Trond. Desde ese momento, su vida fue una serie de favores de parte del Corazón de Jesús. Un día que se humillaba ante el Señor, Él le dijo: «¿Quéquieres?» — «Oh Señor, respondió ella, lo que quiero es vuestro Corazón.» — ¡Y Yo, dijo el Señor, lo que quiero, es tu corazón! — «¡Oh! dijo Lut-

garda, tomad mi corazón, purificadle con el fuego de vuestro amor, colocadle en el vuestro, y que en adelante sólo lo posea yo en Vos y por Vos.» Un día que se había quedado en cama á consecuencia de una indisposición, le dijo el Señor: «Piensa en los pecadores que tienen necesidad de tus oraciones. Levántate, y anda á la Iglesia.» Obedeció, y hé ahí que en el momento en que quiso entrar en el lugar santo, Jesucristo, clavado en la cruz, desprendió su mano derecha y la colocó tiernamente sobre su corazón. Este Corazón sagrado fue desde entonces el objeto especial de su devoción, y por esto fue llamada *Lutgarda del Sagrado Corazón*. Recibió también el gran dón de consolar á las almas afligidas. Una joven sufría horriblemente de ciertas tentaciones, que no se atrevía á descubrir á nadie, ni aún á su confesor; en este estado fue á encomendarse á las oraciones de Lutgarda. «¿De qué sufries?» le dijo la santa. — «¡Oh!

jamás me atreveré á decírló á nadie.»

— «Pues bien: lo que tenéis vergüenza de decir, me lo ha revelado el Señor.» Grande fue la admiración de la pobre afligida, á quien hizo una exposición detallada de todo lo que la atormentaba, y concluyó por exhortarla á hacer una buena confesión y á conducirse santamente. La niña se fue muy consolada y decidida á usar en adelante del sacramento de la penitencia, según los designios misericordiosos del Corazón de Jesús. Para expiar los desórdenes de los mundanos de su tiempo, emprendió Lutgarda un ayuno de siete años. Un día le dijo el Señor: «Quiero que con tus sufrimientos y tus oraciones apacigües la cólera de mi Padre, á fin de que no hiera de muerte eterna á los pecadores.» En otra ocasión se le apareció el Señor con sus sagradas llagas, ofreciéndolas á su Padre por los pecadores; y volviéndose hacia Lutgarda, le dijo: «¿Ves cómo me ofrezco enteramente

al Padre por los pecadores? Así quiero que tú también te ofrezcas *por mis pecadores*, y que desvías de ellos los dardos de mi justicia. » Imitemos á Lutgarda dando á Jesucristo nuestro corazón, ofreciendo sin cesar al eterno Padre los méritos de la pasión del Salvador por la conversión de los pecadores.

••••—

DICIEMBRE.

El Corazón de Jesús afligido por la Previsión de los dolores de su madre.

Jesucristo no sufrió solo por nuestro amor; tuvo una compañera inseparable en María Santísima, su dulcísima Madre y también nuestra. María nos ama inmensamente, y del mismo modo desea nuestra salvación; pero ni este amor ni este deseo disminuían en nada la amargura del sacrificio voluntario que hacía del más amable de los hijos. Notemos,

El último suspiro de Jesús no fue el término de los dolores de su Madre, porque, mientras ella lloraba la muerte de su Hijo, vio acercarse á Él los soldados armados. A esta vista tembló de espanto y exclamó: *¡Ah! mi hijo ha muerto, guardaos de insultarlo más, y evitadme ese nuevo tormento, á mí, su pobre madre!* Así les suplicaba ella, dice San Buenaventura. Pero hablándoles, vio los cielos! á un soldado que hundía violentamente su lanza en el santo costado de Jesús. Esta lanzada hizo temblar la cruz y *partió el Corazón de nuestro Señor en dos partes*, como fue revelado á Santa Brígida, *saliendo sangre y agua*; ¹⁾ ese poco de sangre era todo lo que quedaba en el cuerpo del Salvador y quiso derramarla para demostrarnos que no tenía ni una sola gota más que dar por nosotros. La herida de esa lanza fue hecha á Jesús, pero fue María quién sintió el dolor. Los Santos

¹⁾ Joan 19, 34.

Padres piensan que ésta fue propiamente la espada, no de hierro sino de dolor, predicha por Simeón á la divina Madre, *que traspasó su bendita alma en el Corazón de Jesús, del cual no podía ser arrancada*; así lo explica, entre otros autores, San Bernardo. Este sentir concuerda con el que la misma bienaventurada Virgen reveló á Santa Brígida: *Cuando fue retirida la lanza, apareció roja de sangre, y viendo traspasado el Corazón de mi amadísimo Hijo, me pareció que mi corazón era el traspasado.* Sólo por milagro pudo sobrevivir María á tantas penas. ¡Ay! antes tenía al menos un Hijo que se compadecía de sus dolores, y en adelante ya no lo tendrá.

Temiendo otros insultos para este Hijo amadísimo, la afligida Madre rogó á José de Arimatea que pidiera á Pilato el cuerpo de Jesús; por compasión á ella, este juez consintió en devolverle el cuerpo del Salvador. Los dos discípulos lo descendieron

pues de la cruz. — Bernardino de Bustis considera cómo la pobre Madre, levantándose sobre la punta de sus pies, y tendiendo los brazos, va á recibir á su querido Hijo, lo abraza, y después se sienta al pie de la cruz. Ve su boca abierta, sus ojos apagados; recorre con la vista sus carnes desgarradas y sus huesos descubiertos; le quita la corona de espinas y examina el estrago hecho por las puntas en esta sagrada cabeza; mira esas manos, esos pies y ese costado traspasados, y exclama:

¡Ah Hijo mío! ¡á qué estado os ha reducido vuestro amor á los hombres! ¡Qué mal les habéis hecho para que os hayan maltratado de tal suerte! ¡Oh crueles espinas! ¡oh clavos! ¡oh lanza inhumana! ¡cómo habéis podido atormentar así á vuestro Creador! Pero ¿qué digo espinas, clavos y lanza? ¡Ah pecadores, pecadores! sois vosotros, son vuestros

pecados quienes han maltratado así
á mi Hijo.

Práctica.

Tomaré á María por modelo en mi devoción al Corazón agonizante de Jesús. Ella fue la primera en hacer la Hora Santa, y ¡con qué dolores!... Entonces fue cuando llegó á ser la Madre de la Iglesia y de cada fiel; entonces fue cuando su Hijo le dio un poder sobrenatural para socorrernos *en todo, por todo y siempre*. Debemos pues serle extremadamente agradables, cuando le damos el nombre tan dulce de Madre, y el título tan glorioso de Perpetuo Socorro, y enseguida, cuando, mostrándole una confianza sin límites, le rogamos no sólo por nuestras necesidades sino también por las de toda la Iglesia.

Le dirigiré pues á menudo esta hermosa oración:

¡Oh Santísima Virgen María, á quien nos complacemos en llamar *Nuestra Madre del Perpetuo Socorro*! mos-

tradnos que merecéis este hermoso título, cubriendo con el manto de vuestra maternal protección á la Santa Iglesia y á su augusto Jefe. Por los méritos infinitos del Corazón de Jesús, que por vuestras manos ofrecemos al Padre eterno, alcanzad á los pecadores la gracia de una sincera conversión; á los agonizantes, la de una santa muerte; á las almas de nuestros parientes difuntos, la de ser libradas de las llamas del purgatorio, y á todos nosotros la de un perdón general y de una abundante misericordia. Así sea.

Afectos y súplicas.

Virgen santa, la más elevada y la más sublime de todas las criaturas, desde este lugar de destierro, os saludo, yo miserable, rebelde á mi Dios, digno de castigos más bien que de gracia, de severidad más bien que de misericordia. Si hablo así ¡oh Reina mía! no es por desconfianza de vuestra bondad. Sé que os glo-

riás de ser tan benéfica como elavada en dignidad; sé que si os regocijáis de vuestras riquezas, es porque os es dado comunicarlas á miserables como á nosotros. Sé que mientras más culpables son los que os imploran, más os empeñáis en protegerlos y salvarlos. ¡Oh Madre mía! ofreced á Dios, os lo suplico, aquellas preciosas lágrimas que en otro tiempo derramasteis por mí en la muerte de vuestro Hijo, y por sus méritos obtenedme un verdadero dolor de mis pecados. Lo mismo que entonces os afligieron los pecadores, mis iniquidades os afligen en este momento. ¡Oh María! haced que en adelante me guarde de afligiros de nuevo con mi ingratitud. ¿De qué servirían las lágrimas que habéis vertido por mí, si persistiera en pecar? ¿De qué me serviría vuestra misericordia, si reiterando mis infidelidades, me condenara? ¡Oh nó, Reina mía! no lo permitáis. Vos que obtenéis de Dios cuanto queréis y que escucháis á

todos los que os ruegan, hé aquí las dos gracias que os pido y espero, y que aún exijo de Vos: ser fiel al Corazón de Jesús, no ofendiéndole más, y amarle el resto de mi vida tanto como lo he ofendido.

ORACIÓN JACULATORIA. — Jesús y María, encomiendo mi alma á vuestros Corazones llenos de amor á mí.

Ejemplo.

La venerable Madre de la Encarnación, religiosa ursulina, llamada con razón la nueva Teresa, atravesó los mares en 1640, para ir á trabajar en el Canadá en la conversión y en la instrucción de las niñas salvajes. Dotada de un notable celo apostólico, no cesó toda su vida de orar por la salvación de las almas. Una noche que rogaba encarecidamente al eterno Padre que extendiera el reino de su divino Hijo, conoció por medio de una luz interior, que la divina Majestad no la escuchaba como de ordinario. Esto la afigió grandemente,

puesto que ella hubiera deseado sufrir todas las penas imaginables por la conversión de los pecadores. Pues bien: mientras se humillaba á los pies de su Dios, oyó una voz que le dijo: *Dirígeme tus súplicas por medio del Corazón de Jesús, mi amabilísimo Hijo: por Él te escuchare y te concederé tus peticiones.* Desde ese momento no dejó pasar ningún instante de su vida sin honrar al Corazón de Jesús, y sin ofrecérselo al Padre eterno por la salvación de las almas. Permitásenos citar algunos fragmentos de la hermosa oración de que ella se servía con este objeto.

«Poi el Corazón de mi Jesús me acerco á Vos ¡oh Padre eterno! Por este divino Corazón os adoro por todos los que no os adoran; os amo por todos los que no os aman, os reconozco por todos los ciegos voluntarios que por desprecio no os conocen. Quiero por medio de este divino Corazón, satisfacer los deberes de todos los mortales. En espíritu doy

la vuelta al mundo para buscar todas las almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo. Os las presento con este divino Corazón, y por él os pido su conversión. ¡Ah! haced que ellas vivan por este Corazón divino. Os pido en nombre de Jesús que las llenéis de vuestro espíritu, y que estén eternamente unidas á Vos por los méritos del Sagrado Corazón; y á Vos ¡oh mi Jesús! ¿qué os devolveré por el exceso de vuestra caridad para conmigo? Quiero, por medio de vuestra divina Madre, rendiros mis acciones de gracias: os presento su Santísimo Corazón, como también presento el vuestro á vuestro Padre; os amo por ese Corazón que tanto habéis amado; os lo ofrezco por agradecerlos todos vuestros beneficios; os lo ofrezco, por fin para que os dignéis concederme la gracia de la perseverancia final en vuestro santo amor.» (De *La devoción al Sagrado Corazón*, por el P. Galifet.)



ÍNDICE.

	Págs.
Licencia del Ordinario. — Indulgencias	4
Advertencia	5
Introducción:	
I. Origen de la Hora Santa	9
II. Manera fácil de hacer la Hora Santa	11
Oraciones que pueden servir para principiarla:	
I. Oración al Corazón de Jesús, por el merito particular de cada una de las penas que sufrió en la Pasión	16
II. Sentimientos de confianza	21
III. Sentimientos de contrición	25
IV. Sentimientos de buen propósito	27
V. Sentimientos de amor	30
VI. Sentimientos de conformidad con la voluntad de Dios	33
Ejercicio de la Hora Santa para cada uno de los meses del año:	
Enero. Excelencia de la Hora Santa	35
Febrero. El Corazón afligido de Jesús, víctima voluntaria	48

la vuelta al mundo para buscar todas las almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo. Os las presento con este divino Corazón, y por él os pido su conversión. ¡Ah! haced que ellas vivan por este Corazón divino. Os pido en nombre de Jesús que las llenéis de vuestro espíritu, y que estén eternamente unidas á Vos por los méritos del Sagrado Corazón; y á Vos ¡oh mi Jesús! ¿qué os devolveré por el exceso de vuestra caridad para conmigo? Quiero, por medio de vuestra divina Madre, rendiros mis acciones de gracias: os presento su Santísimo Corazón, como también presento el vuestro á vuestro Padre; os amo por ese Corazón que tanto habéis amado; os lo ofrezco por agradecerlos todos vuestros beneficios; os lo ofrezco, por fin para que os dignéis concederme la gracia de la perseverancia final en vuestro santo amor.» (De *La devoción al Sagrado Corazón*, por el P. Galifet.)



ÍNDICE.

	Págs.
Licencia del Ordinario. — Indulgencias .	4
Advertencia	5
Introducción:	
I. Origen de la Hora Santa	9
II. Manera fácil de hacer la Hora Santa	11
Oraciones que pueden servir para principiarla:	
I. Oración al Corazón de Jesús, por el merito particular de cada una de las penas que sufrió en la Pasión . . .	16
II. Sentimientos de confianza	21
III. Sentimientos de contrición	25
IV. Sentimientos de buen propósito . .	27
V. Sentimientos de amor	30
VI. Sentimientos de conformidad con la voluntad de Dios	33
Ejercicio de la Hora Santa para cada uno de los meses del año:	
<i>Enero.</i> Excelencia de la Hora Santa .	35
<i>Febrero.</i> El Corazón afligido de Jesús, victima voluntaria	48

	Págs.
<i>Marzo.</i> El Corazón afligido de Jesús, víctima universal	59
<i>Abril.</i> El Corazón afligido de Jesús víctima perpetua	72
<i>Mayo.</i> El Corazón afligido de Jesús, alis- mo insondable de dolor	84
<i>Junio.</i> El Corazón de Jesús afligido á causa de los pecados del mundo . .	96
<i>Julio.</i> El Corazón de Jesús afligido á causa de los escándalos del mundo .	106
<i>Agosto.</i> El Corazón de Jesús afligido á causa de la ingratitud del mundo .	117
<i>Setiembre.</i> El Corazón de Jesús afligido á causa de la tibieza de las almas justas	128
<i>Octubre.</i> El Corazón afligido de Jesús, asilo de las almas tentadas . . .	139
<i>Noviembre.</i> El Corazón afligido de Jesús, consolado por el celo de las almas .	150
<i>Diciembre.</i> El Corazón de Jesús afligido por la previsión de los dolores de su Madre	163

